



el último caso

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

EL ULTIMO CASO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 389

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Déposito legal: B 32.417 - 1969

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: octubre, 1969

© VIC LOGAN - 1969
sobre la parte literaria

© DESILO - 1969
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1969

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

Muriel, se despojó de la *negligé* y procedió a enfundarse las finas medias de malla.

Sus largas y bien formadas piernas parecían más bellas aun cuando ella hubo concluido la operación.

Frank la observaba desde el umbral de la puerta del dormitorio.

—Deliciosa. Realmente deliciosa.

Ella se volvió visiblemente sorprendida.

—Oh, Frank. No sabía que estabas ahí.

—Estaba admirándote.

—Me espías.

—Soy tu marido —sonrió él acercándose.

Rodeó a su encantadora mujercita con sus fuertes y viriles brazos y la besó en la boca como un novio apasionado.

—Oh, Frank, Frank —protestó ella cuando él la hubo soltado—, llegará Jack y todavía no estaré lista.

—¡Al diablo esa condenada cena! —exclamó él tomándola de nuevo entre sus brazos—. Te aseguro que preferiría quedarme en casa, contigo.

Volvió a besarla.

—Oh, Frank. Se lo prometimos. Debiste haberlo pensado antes.

Él sonrió.

—Bueno. La culpa es tuya. A ti te encanta cenar con Norah.

—Es una escritora famosa y una mujer muy inteligente.

—¿Lo ves? Por eso acepté la invitación de Jack. Soy un calzonazos incapaz de negarte el menor capricho.

Ahora fue ella la que puesta de puntillas buscó los labios de su marido.

—Eres el mejor de los hombres. Te adoro.

El teléfono interrumpió la escena íntima.

Frank se encogió de hombros resignadamente para dirigirse a la

mesita de noche y tomar el auricular.

Muriel cruzó la amplia y lujosa habitación hacia el armario ropero.

—¿Qué vestido me pongo, cariño?

—Con cualquiera estarás maravillosa —replicó él descolgando el teléfono.

—Diga...

La voz al otro lado sonó un poco confusa.

—Inspector Bannion.

—¿Quién llama?

—Eso no importa, inspector. Tengo que darle una noticia.

—Oiga, le advierto que he dejado de ser policía. Llame usted al puesto más próximo, directamente.

—Es que es con usted con quien quiero hablar, inspector.

—Está bien, diga.

—Esta noche va a cometerse un crimen. Ante sus propias narices, inspector... ¿No adivina quién será el muerto?

—Oiga...

La voz dejó de oírse. Inmediatamente se escuchó el «click» indicador de que habían colgado.

Frank quedó un momento pensativo con el auricular en la mano.

Muriel que acababa de colocarse el vestido miró interrogadoramente a su marido.

—¿Quién era?

—Una broma supongo.

Colgó pensativo.

—Aunque... —añadió dubitativo— quizá debería avisar a Corrigan por si vuelve a llamar.

—Pero... ¿Qué es lo que te ha dicho?

—Que esta noche se va a cometer un crimen.

—Oh, Frank, tú ya no eres policía ahora... Y precisamente me alegro porque ya no tengo que sobresaltarme cada vez que oigo sonar el teléfono.

Frank, estaba marcando otro número.

Cuando obtuvo respuesta pidió:

—Que se ponga Corrigan. Soy Frank Bannion.

—¿Qué tal, inspector? —replicó la voz del sargento de guardia.

—Déjame de llamarme inspector, Joe.

—Bueno. Es la costumbre. Ahora le pongo con Corrigan.

Frank aguardó unos instantes hasta oír la voz de su sucesor.

—Me pillas por casualidad. Me iba a casa. Ésta es una noche tranquila.

—Me alegro, pero quiero pedirte un favor. Haz que intervengan mi línea.

—¿Ocurre algo?

—Una broma supongo, pero siempre me han molestado los graciosos.

—¿De qué se trata?

—Una voz me ha anunciado un crimen, pero por lo visto yo voy a ser testigo.

—Cuidado, Frank —replicó la voz del policía—. Si necesitas algo, ya sabes...

—Gracias, Corrigan. Haz lo que te he dicho.

—¿Estarás en casa?

—No. Ceno con los Gower. Estoy esperando a Jack.

—Hace cuestión de una hora estuvo aquí para saber si había algo nuevo. Siempre a la caza de sucesos.

—Es su oficio. Bueno, Corrigan, que la noche siga siendo pacífica.

—Que te diviertas, Frank y saluda a Muriel de mi parte —replicó la voz del nuevo inspector.

Frank colgó.

—Abróchame la cremallera, cariño —pidió su mujer acercándose.

El la complació y aprovechó para acercar sus labios buscando el suave y aterciopelado cuello de la joven.

—¡Frank! No sabes lo feliz que soy. Ahora cuando planeemos salir nada podrá impedirnoslo... Éste es el capricho más grande que me has concedido, dejar de ser policía.

—No todos tienen la suerte de casarse con una mujer rica.

—Sé que no lo has hecho por esto. Tú no necesitas mi dinero.

—Espero que la publicación de mis memorias siga proporcionándome los ingresos necesarios.

—Son apasionantes —sonrió ella fascinada.

—El mérito no es mío. Todo lo que ocurre sucedió realmente.

—Fuiste un gran policía y ahora eres un excelente escritor. Me

siento orgullosa.

Él se separó de su mujer para encender un pitillo. Había un cierto rictus amargo en su rostro. Fue, sin embargo, sólo un momento. Enseguida recobró su jovialidad.

—Frank —susurró ella—. Sé que has tenido que sostener una dura lucha contigo mismo para retirarte.

—No hablemos de esto.

—Sí, Frank. Tú sentías tu profesión y te ha costado un gran sacrificio, por esto te quiero más todavía y me siento en deuda contigo.

El breve silencio que se produjo a continuación fue interrumpido por unos golpes suaves en la puerta.

Era la doncella.

—El señor Gower acaba de llegar.

—Gracias. Ahora bajo —replicó Frank.

Con la mano echó un beso a Muriel y se dirigió hacia la puerta.

—Voy a hacer los honores a ese pelmazo.

—Enseguida estoy con vosotros —contestó Muriel.

El expolicía cruzó la puerta y dirigiéndose al amplio y bien decorado *living*.

Jack Gower, alto, elegante, impecable con su traje oscuro y camisa blanca sonrió al ver a su amigo.

Tenían aproximadamente la misma edad, treinta años, aunque Jack pareciese ligeramente mayor por las incipientes canas de sus sienes.

Frank, menos elegante tal vez por un cierto descuido que se notaba en su persona —descuido que en todo caso realizaba su atractivo varonil—, parecía más joven y era sobre todo más corpulento, más atlético, más fuerte.

Se acercó al bar al tiempo que preguntaba:

—¿*Whisky*?

—Nunca viene mal —replicó Jack.

Llevaba un periódico en la mano y lo mostró al expolicía cuando regresaba con el vaso de licor.

—¿Has leído mi artículo?

—No.

—Toma —le entregó el periódico—. Es una referencia sobre tu despedida. No podía menos...

Frank tomó el periódico y leyó:

Ayer tuvo lugar una emotiva y simpática ceremonia para despedir al inspector Frank Bannion.

Está todavía en la memoria de todos, sus grandes éxitos personales en favor de la justicia.

Los casos Green, Flower, Grimson y tantos otros en los que no vaciló en arriesgar su vida para defender a la sociedad, deben ser un ejemplo para todos y una meta para su sucesor en el cargo de inspector jefe...

La glosa se extendía en detalles de hechos en los que había participado Frank.

Éste dejó el periódico y sacudió la cabeza.

—Creo que se te ha ido la mano en los halagos.

—Al contrario, Frank. No habrá otro como tú. Fuiste el mejor.

—Pues ojalá como escritor sea lo mismo.

—A propósito, Frank. Mi mujer quiere hacerte unas consultas.

—¿Norah?

—Sí. Está tomando apuntes para hacer una novela policíaca. Le he dicho que espere otro momento. Esta noche es para pasarlo bien... Pero estoy seguro que no podrá contenerse.

—Que pregunte lo que quiera, si sé la respuesta...

La aparición de Muriel interrumpió la conversación.

—Hola, Jack... Cuando queráis...

Poco después descendían con el ascensor, desde la tercera planta hasta el *hall* del magnífico y lujoso edificio de aquella zona moderna y tranquila de la ciudad de San Francisco.

En la calle el tiempo era desapacible, frío.

—Dijiste que tenías el coche estropeado, ¿verdad? —preguntó Frank.

Jack asintió.

—Sí. Espero que mañana esté listo. Es un fastidio tener que tomar taxis, uno nunca los encuentra cuando más los necesita.

—Esperad un momento —replicó Frank—. Voy al garaje.

Muriel y Jack se quedaron en el vestíbulo mientras Frank se dirigía al sótano en busca de su automóvil.

Minutos después aparecía por el breve parque que circundaba la edificación.

Muriel y Jack salieron para subir al auto.

—Verdaderamente hace frío —comentó la mujer.

—Norah habrá tenido cuidado de la calefacción. Es muy friolera.

Tardaron unos veinte minutos en llegar a la pequeña villa de la colina.

Desde allí el panorama de la ciudad y de la bahía constituía un verdadero espectáculo.

La casa de los Gower separada como las demás edificaciones por una extensa zona verde, constaba de planta y piso y desde el exterior podía verse la luz a través de las ventanas.

Jack, salió primero del auto y sostuvo la puerta hasta que se hubo apeado Muriel.

Luego, los tres se dirigieron hacia la puerta.

El dueño de la casa abrió la puerta y un hálito de confortable calor acarició a los recién llegados.

—Estáis en vuestra casa. Sírvete tú mismo lo que te apetezca —dijo Jack avanzando hacia el paso que daba acceso a la cocina.

—Norah, Norah —llamó.

Reapareció de nuevo encogiéndose de hombros.

—Apuesto a que está en su cuarto dictando sus ideas al magnetófono.

Iba a subir cuando de repente...

El disparo sonó claramente. Procedía del piso.

Momentáneamente los tres se quedaron como paralizados, atónitos.

—Norah —exclamó una fracción de segundo después, Jack.

Instantáneamente los dos hombres se precipitaron hacia la escalera.

—Quédate aquí, Muriel —pidió Frank.

El piso superior contaba con tres habitaciones, repartidas en un breve pasillo.

Jack, corrió hacia la de la parte trasera de la casa que era la que su esposa utilizaba como cuarto de trabajo.

—Norah, Norah —gritó golpeando la puerta.

Nadie respondió.

—Está cerrado por dentro... Dios mío no comprendo.

Frank echó una breve ojeada a la puerta. Carecía de cerradura, sin embargo, por el resquicio inferior surgía la luz.

—Tiene que estar dentro, Frank —gritaba Jack. Está cerrado con el pestillo.

Frank instintivamente sacó su pistola del bolsillo de su chaqueta.

—Cuidado —previno.

Jack sin medir las consecuencias se lanzaba contra la puerta para derribarla.

—Norah, Norah —seguía gritando.

Cargó dos veces contra la recia hoja con todas sus fuerzas, pero hasta la tercera no consiguió hacer saltar el pestillo.

Los dos hombres entraron en la habitación y enseguida tuvieron ante sus ojos la terrible escena.

En el suelo sobre la alfombra yacía el cuerpo de una mujer joven y bonita. Estaba muerta.

Era Norah Gower.

CAPÍTULO II

Junto a la ventana con la mirada perdida en el vacío Jack permanecía inmóvil, ausente.

Frank, después de comprobar que la mujer estaba muerta, dio una rápida ojeada a la estancia con instinto profesional.

Con los ojos cerrados hubiese podido repetir de memoria todos los objetos y detalles de la habitación.

La mesa de escribir junto a la pared, con la estantería de libros al alcance de la mano de la escritora. Otra mesita adjunta con un magnetófono y un par de pequeños sillones en el rincón del cuarto.

En la parte opuesta un estante que cubría toda la pared llena de libros y nada más.

Al fondo un sillón extensible de escribir sobre la mesa de trabajo y algunas cuartillas y libros de consulta con ligero desorden. En el suelo junto al cadáver una pistola.

Una papelera oculta por la mesa cerraba la lista de objetos.

Otro detalle que tampoco escapó era el calor reinante. Mucho más acentuado que en la planta baja.

Un calor realmente sofocante.

Entonces Frank vio que en su lista de objetos, se había olvidado algo.

Una potente estufa eléctrica situada junto al sillón extensible y medio oculta por el mismo.

Estaba encendida.

—Vamos, Jack —dijo mirando a su amigo—. Voy a llamar a Corrigan.

Jack siguió inmóvil. Frank se acercó.

—No... No puede ser —murmuró al fin en todo jadeante el periodista—. Esto es una pesadilla.

—Anda, Jack, vamos...

—No. No quiero moverme de aquí.

—Comprendo lo que debes de sentir en estos momentos, pero ya nada se puede hacer.

—Ella era feliz... Era feliz Frank... ¿Por qué habrá hecho esto? Frank guardó silencio. Jack insistió.

—Sólo puede ser un suicidio, ¿verdad?

—No lo sé, Jack, no lo sé.

Y Frank Bannion recordó la llamada telefónica que había recibido apenas una hora antes.

«Se va a cometer un crimen ante sus propias narices».

Corrigan, llegó con un par de hombres y el forense.

Bastaron quince minutos para proceder con la rutina acostumbrada. Fotografías, toma de huellas, siluetar con tiza la posición del cadáver y de la pistola, etcétera.

Frank estuvo todo el tiempo con sus exsubordinados, mientras Jack esperaba fuera aun contra su voluntad.

—¿Habéis tocado algo? —preguntó Corrigan.

—En absoluto.

—¿El magnetófono?

—Nada. No quería borrar ninguna posible huella, pero ardo en deseos de oírlo.

—Pues ya puedes, pero... ¿Qué esperas escuchar? ¿Los motivos del suicidio?

—¿Suicidio, Corrigan?

El aludido le miró sorprendido.

—Frank... Esta habitación estaba cerrada por dentro con un pestillo. Un pestillo totalmente imposible de hacerlo girar desde fuera.

Corrigan señaló seguidamente la ventana.

—El único por donde hubiese podido entrar el hipotético asesino valiéndose de una cuerda es la ventana y también estaba cerrada.

—Sí. Eso ya lo sé, lo comprobé yo mismo.

—El sistema de cierre es imposible que pueda accionarse desde fuera. Hay que dar dos vueltas completas a la llave para que el pivote se introduzca en la ranura y así es como estaba.

Frank fue hacia la ventana. Dio la vuelta a la llave comprobando lo que acababa de decir Corrigan.

Sólo cuando hubo dado las dos vueltas el marco quedó libre y fue posible tirarlo hacia arriba, tal como se abren las ventanas tipo

guillotina.

El forense que hasta entonces había guardado silencio intervino para preguntar:

—¿A qué hora sonó el disparo, Frank?

—Eran las siete y cincuenta y cinco minutos. Lo comprobé.

El médico consultó su reloj.

—Ahora son las ocho cincuenta. A simple vista concuerda, pero... con la temperatura de esta habitación, lo mismo hubiera podido morir antes.

—Ya me di cuenta —replicó pensativo Frank.

Aquel extremado calor dificultaba el establecer con exactitud el momento en que se había producido la muerte.

A simple vista y de acuerdo con los acontecimientos ese detalle de la hora parecía carecer de valor por cuanto, fueron tres los testigos que escucharon el disparo, y desde que éste se produjo hasta que se consiguió abrir la puerta de la habitación de la muerta apenas transcurrieron cinco minutos.

Por todo, la hora podían establecerla los mismos testigos y como el forense no tenía argumentos seguros para combatirla, la cosa podía darse por resuelta.

Pero Frank Bannion, no parecía demasiado conforme.

Corrigan comprendió.

—Estás pensando en la llamada telefónica que recibiste, ¿verdad?

Frank asintió.

—Las llamadas anónimas no siempre han sido frutos de bromistas macabros. Alguien me dijo que se cometería un asesinato en mis propias narices...

—Cabe la posibilidad de una coincidencia —adujo el policía.

Frank asintió.

—Sí. Pero nunca he sido demasiado crédulo en las coincidencias... Fíjate en la habitación, en la mesa de trabajo concretamente.

Corrigan dio un repaso general con la mirada.

—Una mujer que pretenda suicidarse no estaría metida de lleno en la confección de una novela. Cuartillas, apuntes, libros de consulta —señaló—. Estaba trabajando.

—Yo tampoco he comprendido nunca a los suicidas, Frank.

—Corrigan —espetó Frank—. Jack me dijo que su mujer estaba entregada de lleno en su novela. ¿No lo comprendes?

Se interrumpió para mirar un momento al forense que terminaba de ordenar sus cosas.

—¿Qué opina, doctor? ¿Puede alguien suicidarse sin haberlo pensado previamente?

—No es mi especialidad adivinar los pensamientos, Frank... No lo sé, pero no le des más vueltas, habitación completamente cerrada. Disparo en el corazón, distancia de la pistola usada perfectamente racional... —sonrió levemente—. Soy médico, claro. No policía, pero si un caso de suicidio puede ofrecer dudas, no es éste precisamente. Y ahora si no me necesitan volveré a mi casa.

Dejaron que el médico saliese de la estancia.

Frank, encendió un pitillo.

—Estás obsesionado con esa llamada —comentó Corrigan.

El expolicía no replicó.

—Por cierto —insistió Corrigan—. Hice controlar tu teléfono y nadie volvió a llamar. Se trataba de una llamada esporádica sin duda.

—Una llamada que se ha confirmado.

Jack Gower, apareció en el umbral de la puerta aprovechando que el forense la había dejado abierta.

Los camilleros esperaban para llevarse al cuerpo.

Corrigan asintió, indicándoles que pasaran.

Frank se dirigió a Jack.

—Ve abajo, Jack.

—¿Se la van a llevar? —musitó éste.

—Sí.

Corrigan se acercó mientras los camilleros colocaban el cuerpo de Nora en la camilla.

—Jack —empezó—. Nos conocemos hace tiempo.

El aludido asintió automáticamente.

—Háblame con sinceridad. Tenías algún motivo para sospechar de alguien... de alguien que... Bueno. No es muy fácil decirlo cuando se trata de un amigo.

Frank intervino para hacer la pregunta directamente:

—Corrigan quiere decir si tu mujer tenía algún enemigo. Alguien que pudiera desear su muerte.

—Pero... ¿No se trata de un suicidio? —preguntó Jack arqueando las cejas.

Corrigan habló de la llamada telefónica que había recibido su exjefe.

—Dios mío... No... No podría creerlo. Es... absurdo pensar que alguien pudiera desear la muerte de Norah.

Frank perdió la calma.

—Vamos a escuchar el magnetófono de una vez —espetó.

CAPÍTULO III

La cinta magnetofónica estaba intacta.

Comenzaba con varios apuntes y esbozos de diálogo, luego seguía con una idea general de la trama que Norah Gower había compuesto para su novela policíaca.

Después seguían unos minutos de silencio y continuaba.

«Seguir viviendo es una lucha continua...

»No... No puedo. La muerte será mi liberación...

»Que no se culpe a nadie de mi determinación...»

Otros centímetros sin impresionar. Luego de nuevo la voz de Norah que seguía:

«He decidido quitarme la vida».

Nada más.

El resto de la cinta seguía sin impresionar hasta el final.

Corrigan cerró la conexión.

Los tres hombres permanecieron en silencio durante unos instantes.

—¿Por qué lo habrá hecho? —musitó Jack.

—Algo debía atormentarle —replicó Corrigan al cabo de unos instantes.

—Jack —intervino Frank—. ¿Colaboraba con alguien su esposa?

—¿Que si colaboraba...?

—Quiero decir si recibía visitas últimamente, después de haber decidido escribir esta novela.

—Pues no. Bueno. Henry. Su asesor literario.

—¿Henry? —inquirió Frank.

—Henry Kovac. Pero no es de ahora. Henry la asesoró en numerosas ocasiones. Ella le consultaba con frecuencia.

—Y... ¿sabes si Norah tenía mucha confianza con él?

—Supongo que te refieres en un sentido profesional.

—Me refiero estrictamente a lo preguntado, Jack. ¿Tenía confianza en su asesor?

—Claro. Era amigo. Algunas veces pasaban tiempo trabajando juntos. Henry cenó muchas veces con nosotros. ¿Por qué lo preguntas?

—Tal vez pueda aclararnos algo.

—¿Aclararnos?

—Si ella confiaba en ese Henry tal vez él pueda decirnos algo sobre su estado de ánimo en los últimos días.

—Pero, Frank. No entiendo.

—De acuerdo, Jack. Norah se suicidó. Pero lo hizo por alguna razón.

—Yo la sabría...

—Quizá no, Jack.

—¿Qué quieres decir?

—Como escritora Norah tendría sus problemas... quizá tú no estabas al tanto de ello.

—¿Quieres dar a entender que pudo haberse sincerado con Henry, y conmigo no?

—Supongo que si hablo con ese Henry Kovac podremos averiguarlo.

Corrigan estaba hojeando una vez más las cuartillas de la muerta. Levantó los ojos y mirando a los dos hombres alternativamente, acabó dirigiéndose a Frank para aducir:

—Sigues pensando en la idea de un posible asesinato, ¿verdad?

Frank se volvió, pero antes de que pudiera contestar, Corrigan siguió:

—Escucha lo que dice aquí.

Tomó en sus manos una de las cuartillas y leyó:

«Seguir viviendo es una lucha continua...»

«No... No puedo, la muerte será mi liberación...»

Eran las mismas palabras del magnetófono.

Frank se acercó.

Corrigan le tendió el papel añadiendo:

—Son frases de la novela que estaba escribiendo, Frank.

El expolicía había tomado el papel entre sus manos y asintió:

—Entonces sus palabras del magnetófono no se referían a su propio suicidio —comentó como si hablara consigo mismo.

Corrigan denegó con la cabeza.

—No. Era parte del diálogo.

Para Frank seguía imperando en su mente la posibilidad del crimen.

¿Pero cómo podía haber sido realizado?

Una y otra vez topaba con el mismo muro infranqueable.

Una puerta cerrada con pestillo por dentro y una ventana cerrada.

¿Por dónde había salido pues el asesino?

No. No existía la menor respuesta, pero la sospecha seguía latente a causa de aquella extraña llamada telefónica.

—Hablaré con Henry Kovac —musitó Frank.

Corrigan tras un breve silencio añadió:

—Bueno. Yo me voy. Oficialmente tengo que dar un carpetazo a este asunto. Suicidio.

—Sí... Oficialmente, sí —replicó Frank Bannion.

El expolicía acompañó a Corrigan hasta su coche.

—¿Si quieres que investigue algo? —inquirió su sucesor.

Frank negó:

—No, Corrigan. Quizá todo sean figuraciones mías... Prefiero hacer esas averiguaciones de un modo particular. Después de todo yo ya no soy policía.

—Lo llevas en la sangre —sonrió Corrigan.

—Ahora no se trata de esto.

—Yo que tú lo olvidaría. Ya sé que Jack es amigo tuyo, más que mío... —Se metió dentro del coche y haciendo una brusca transición antes de cerrar la puerta inquirió:

—¿Qué esperabas encontrar grabado en el magnetófono?

Frank vaciló.

—Dilo claramente, Frank. Yo también lo he pensado.

—Está bien. Un disparo.

Corrigan sonrió.

—Exactamente, Frank: A mí también se me ocurrió. Se asesina a alguien y se graba una cinta con un disparo. Llega el marido con los invitados y el disparo suena en el momento preciso...

Frank asintió.

—La cual —siguió Corrigan— señalaría al propio Jack Gower como principal sospechoso. Un crimen perfecto con la coartada ideal ya que en el momento de producirse el asesino, en teoría, está nada menos que junto a un exjefe de brigada.

Antes de que Frank replicara, el propio Corrigan añadió:

—Pero aquí falla la lógica. Primero, aun suponiendo que Jack fuese el asesino lo cual es fantasear, habría tenido necesidad de filtrarse por la pared para salir, porque nadie puede hacerlo, dejando la puerta cerrada por dentro.

—Yo no pensaba en Jack —replicó al fin Frank.

—¿En quién pues?

—En cualquier otro... No sé...

—De acuerdo. Pongámosle «señor Smith». El caso es el mismo. No se puede matar a alguien y salir dejando la habitación cerrada por dentro.

—Sí —admitió Frank—. Esto es lo que echa por tierra todas las conjeturas.

—Adiós, Frank. Lamento que la noche se te haya estropeado.

—¡Ah!, Corrigan... Dame el resultado de las huellas dactilares una vez las hayáis comprobado.

—Descuida, Frank. Lo hubiese hecho aunque no me lo hubieras pedido.

Lentamente Frank Bannion regresó a la casa.

—No sé lo que puede hacerte sospechar, Frank —dijo en tono frenético Jack en cuanto su amigo hubo entrado nuevamente en la casa—. Pero sea lo que sea quiero que esta investigación la lleves tú personalmente.

—Jack. Yo ya no soy policía. ¿Recuerdas?

—Frank. Eres mi amigo. Te lo pido por favor. Si hay en ti el menor asomo de sospecha, averigua todo lo que puedas, pero tú... Es en ti en quien confío.

—Hablaré con ese Henry Kovac, pero de un modo particular. No puedo hacerlo de otra manera, Jack.

—Frank. Si lo de mi esposa no ha sido un suicidio quiero que el culpable sea castigado... —Jadeante guardó silencio unos instantes para proseguir—: Durante años me he dedicado a la crónica negra de la ciudad. Os he buscado para obtener las primicias de los

sucesos, crímenes, robos, todo...

Frank asintió.

—Ahora se trata de mi mujer, de mi Norah. Y quiero llegar hasta el fondo de la cuestión. Pero tienes que ser tú. Tú, Frank. En ti confío plenamente.

—Haré lo que pueda y procura tranquilizarte, Jack, piensa ante todo que Norah no puede volver a la vida.

Poco después el expolicía y Muriel, su esposa, salían de la casa.

Frank todavía ofreció:

—Si no quieres quedarte aquí... puedes venir con nosotros, Jack.

—No, Frank. Gracias. Necesito pensar. Y aquí estaré mucho mejor...

Frank y su mujer se alejaron hasta el coche. Instantes más tarde el auto salía de la zona del jardín y se perdía por el fondo.

Mientras descendían la colina, Muriel preguntó a su marido:

—¿Investigarás, Frank?

—Sólo concertaré una entrevista con Henry Kovac.

—¿Por qué no dejas que lo haga Corrigan?

—Porque mi sucesor en el puesto está seguro que se trata de un suicidio.

—¿Y tú no, Frank?

—No lo sé, Muriel, no lo sé.

CAPÍTULO IV

Henry Kovac, era un hombre elegante de modales refinados y cuidada personalidad.

Recibió a Frank Bannion en su propia casa y lo introdujo en el despacho-estudio donde trabajaba.

Frank observó las pinturas que embellecían las paredes de la estancia. Firmas de categoría todo.

Poseía también una extensa y bien surtida biblioteca que ocupaba dos amplios paneles de la pared de la espaciosa habitación.

Siempre precediendo a su visitante, le invitó a sentarse, situándose él al otro lado de su mesa de trabajo.

Ésta se mostraba llena de cuartillas, libros y manuscritos.

—Es una lástima que los tiempos influyan tanto en los escritores. Hasta los mejores autores han prescindido de la buena literatura. Hoy la gente prefiere lo que se ha dado en llamar el impacto directo, la acción continuada. Ya no se da valor a la fraseología, al juego de la dialéctica. Se huye de las descripciones... Sólo nos queda el recuerdo de los grandes maestros —sonrió levemente para añadir—: Claro que usted, inspector no ha venido para discutir sobre libros ni sobre arte.

—En primer lugar, señor Kovac, debo recordarle que no soy inspector.

—Oh, sí, sí... Lo siento, pero oí hablar tanto de usted. Es difícil cambiar el concepto profesional que tenemos de las personas.

—Quizá sea más difícil cambiar de profesión de un modo material, pero éste no es el caso que me ha llevado a solicitarle esta entrevista.

—Oh, lo sé, lo sé. Usted quiere hablarme de mi pobre amiga la señora Gower.

—Me sorprende, señor Kovac. Yo no le hablé de ello ni de mi conversación telefónica.

—No, ciertamente, pero era fácil deducirlo. ¡Pobre Norah!

—La conocía usted mucho, según creo —siguió Frank puesto que su interlocutor le abría prácticamente el camino.

—Más que conocerla la comprendía. Ésa es la palabra más exacta, inspector, oh, perdón, señor... Bannion.

—Dígame... Antes habló de que era fácil deducir el motivo de mi visita.

—Exacto.

—¿Por qué?

—Norah se suicidó. Usted era amigo de la familia y expolicía además. El policía por norma le gusta hacer preguntas.

—Pero yo no vengo como policía. No lo soy.

—No. Pero en su caso está justificado. Era amigo de los Gower y posiblemente no acepte la idea del suicidio.

—¿Y usted sí?

—Pues... Es difícil adivinar hasta qué punto la mente humana es capaz de llegar hasta ciertos extremos.

—Me parece usted un gran observador...

—Celebro que me haga el favor de reconocerlo. En cierto modo es mi profesión. Observo a la gente y trato de emitir un juicio. Un juicio totalmente particular y por supuesto sin más trascendencia que la de catalogarlo bajo un punto de vista estrictamente personal. Quiero decir que lo que pienso de la gente jamás se me ocurre hacerlo público. En ese caso soy un archivo cerrado.

—Pues yo le ruego que abra un poco ese archivo y me diga qué opinaba de Norah Gower.

—Una mujer inteligente. Como escritora, claro. Hablo en términos profesionales.

—Llegó a conocerla de una forma, digamos, ¿más íntima?

—Jamás tuve relaciones sexuales con ella si es eso a lo que se refiere.

Frank sonrió.

—No. La palabra íntima en ese caso no se refería a el aspecto.

—Entonces no comprendo...

—Me extraña, señor Kovac. Usted es observador. Se precia de ello y yo se lo he reconocido hace un momento.

—Ignoro dónde quiere ir a parar...

—Sencillamente. Al referirme a si conocía usted a Norah Gower

de una manera más íntima quise decir si ella le había confiado a usted sus inquietudes, su... digamos, problema en el supuesto de que lo tuviera.

—Norah me había confiado sus inquietudes artísticas, su deseo de hacer cosas distintas, cosas grandes, pero siempre en términos de literatura. Sus problemas particulares jamás fueron tema de conversación entre ella y yo.

—¿Entonces usted sólo la conocía como escritora?

—Pues sí... En términos vulgares, eso es.

—¿Qué quiere decir en términos vulgares? —inquirió Frank tratando de penetrar en la mente de aquel hombre que parecía, a su juicio, replicar con frases estudiadas, exactas, comedidas...

—Un escritor revela siempre su temperamento a través de sus obras. Uno de sus personajes. El más ínfimo quizá, responde siempre al «yo» del escritor. Su forma de pensar se expresa por boca de ese personaje. ¿Comprende?

—Sí, desde luego. Un escritor o escritora revela en todo momento su personalidad en sus frases.

—Sí. Más o menos. La primera novela es difícil de juzgar en este sentido, pero a fuerza de leer su obra uno llega a comprender la forma de ser de quien la escribe, el carácter, la personalidad.

—Y usted, por tanto, conocía la personalidad de Norah.

—Modestamente he intentado conocerla. Ya le dije que era mujer inteligente, y lo era en una proporción de que resultaba muy difícil descubrir su idiosincrasia.

—Pero usted la descubrió.

—Es una opinión muy personal.

—Me interesa —replicó Frank enseguida.

—Está bien. Le diré lo que pensaba de ella, si es que puede ayudarle, pero repito que es una opinión completamente personal.

—Sigue interesándome.

—Pues bien, yo creo que Norah Gower llevaba dentro de sí una gran amargura.

—¿Amargura?

—Sí. No era feliz. Lea alguna de sus novelas...

—Ya lo he hecho. Jack es amigo mío, y por añadidura lo fue su esposa; en mi discreta biblioteca figuran todos los volúmenes que ella ha escrito.

—Usted quizá no ha observado...

Frank cortó rápidamente:

—Confieso que los he leído muy por encima. Era policía, recuerde. No disponía de mucho tiempo.

—Pues si dedica algunas horas en sus obras descubrirá esa particularidad de su carácter. Es el detalle que más se nota. Su absoluta tristeza, aunque la mayoría de sus relatos acaben con un final feliz —sonrió Kovac—. Por encima de todo, el público es el que manda.

—En conclusión, señor Kovac. Usted afirma que Norah Gower era una mujer psicológicamente triste.

—Amargada.

—Y por tanto, susceptible al suicidio.

—Esto ya escapa de mis cálculos.

—Norah murió anoche. Usted no estuvo a su entierro, pero lo supo.

—Por los periódicos. Ya llamé a Jack para darle el pésame. Sentí no poder acompañarla hasta su última morada.

—Dígame ahora qué pensó cuando leyó la noticia.

—¿Lo que pensé? —Henry Kovac vaciló unos instantes.

—Sí. Pero sea sincero. No lo piense ahora antes de contestarme. Prefiero sus pensamientos de «entonces». Los del momento en que leyó usted la noticia.

—¡Pobre Norah! —sonrió—. Eso fue lo que pensé.

—¿Y admitió la idea del suicidio?

—La verdad, sí —concluyó Kovac tajante.

Frank se puso en pie. Sacó su cajetilla de cigarrillos y ofreció uno. Kovac rechazó cortésmente.

Enseguida el expolicía preguntó:

—¿Cuándo vio a la señora Gower por última vez?

—Su pregunta me suena como... si estuviera interrogando usted a un sospechoso de asesinato.

—¿Descarta la idea de un asesinato?

Kovac arqueó las cejas como si no hubiese entendido bien.

—No me dirá que sospecha usted...

—Responda sinceramente.

—Norah asesinada... —Pareció meditarlo—. No es posible. Su amargura era más bien de tipo pasivo y una persona, para tener

enemigos que deseen su muerte hasta el extremo de llegar al asesinato, debe tener una rebeldía activa... Incluso esa amargura puede ser activa... Quiero decir que el ser amargo es capaz de llegar a la agresividad en razón de su propio temperamento, y esa agresividad en un escritor tiene docenas de facetas con qué manifestarse... Bueno, en conclusión, Norah Gower no era de ese estilo. Su amargura la vivía para sí y con ella era incapaz de despertar envidias ni enemistades capaces de llegar hasta el crimen. Más bien inspiraba lástima.

—Está bien, Kovac. Ahora respóndame a mí primera pregunta. ¿Cuándo vio a Norah Gower por última vez?

—Pues... el mismo día de su muerte. Por la tarde.

—¿A qué hora?

—Después del almuerzo. Tomamos juntos una taza de café mientras ella me consultaba algunas dudas sobre la forma de enfocar literariamente la obra policíaca que pensaba escribir.

—O sea, que cuando usted la vio ella estaba perfectamente decidida a escribir su último libro.

—Pues, sí. Lo tomaba con un gran interés, como si fuese a ganar un premio literario con él.

—Eso, pues, descarta la idea del suicidio —sonrió Frank.

—No.

—¿Por qué lo afirma tan rotundamente?

—No lo sé, pero... ¿Puede usted decir con toda certeza si cuando salga de aquí, yo no me quitaré la vida?

Frank quedó un momento indeciso. La pregunta le había dejado perplejo.

—Yo no le conozco a usted.

—Tampoco yo conocía los pensamientos más recónditos de Norah.

—Pero estaba entusiasmada con su nuevo libro.

—Quizá también rondaba en su cabeza la idea de la muerte.

—¿Cuándo la dejó usted exactamente?

—Más o menos sobre las cinco de la tarde.

—¿Y no volvió usted por su casa?

—No, señor Bannion. No volví a verla. Ni viva ni muerta.

—¿Sabe usted cómo murió?

—El periódico sólo dice que se mató de un disparo al corazón.

—La habitación estaba cerrada por dentro.

Henry Kovac hizo un gesto ambiguo al replicar:

—Entonces no busque más. Se trata de un suicidio.

«Se trata de un suicidio...»

Las palabras de Henry Kovac resonaban en la mente del exinspector cuando salió de la casa del asesor.

Entonces... ¿qué pintaba aquella llamada telefónica que recibió antes de salir de casa?

¿Simple coincidencia?

CAPÍTULO V

Corrigan mostró las diferentes fichas a su excolega.

—Éstas son las huellas dactilares obtenidas en la habitación de Norah Gower.

Frank las examinó un momento y replicó:

—¿Pertenecen a Norah?

—Todas... Pero principalmente las de la pistola. No hay una sola que no coincida con las sacadas de su cadáver.

—Ya...

—Tanto el pestillo de la puerta como el de la ventana contienen también las mismas huellas. Sólo en una silla encontramos alguna que no pertenecía a la misma serie. Es lógico, serán las de Jack. Podemos comprobarlas si quieres...

—Corrigan... Tú llevas el caso. ¿Sigues opinando que se trata de un suicidio?

—Nada me ha hecho variar de opinión. Ya tengo el informe listo.

—Está bien —replicó Frank—. Nada tengo que decir.

—Frank... Si quieres... No sé... Tú conoces más a los Gower que yo. Sabes que me tienes a tu disposición...

—Lo sé, Corrigan. Gracias. Quizá todas mis dudas hayan carecido de fundamento. Dejemos este asunto.

Los dos hombres se despidieron; luego, Frank salió a la calle, tomó el coche y marchó directamente a su casa.

Muriel le estaba aguardando. Era la hora del almuerzo. Frank, sin embargo, no tenía demasiado apetito. Aunque se esforzara en ocultarlo, seguía pensando en lo ocurrido.

Su mujer trató de animarle. También ella conocía aquella mirada un tanto ausente de su marido.

Le había visto muchas veces de aquel modo antes de que él la complaciera renunciando a su profesión.

Por su parte, Frank hizo lo posible por olvidar. Se sentó en la mesa tratando de mostrarse como si nada hubiese ocurrido.

Si Norah Gower había sido asesinada, su asesino podía mostrarse tranquilo porque cometió el crimen perfecto.

Aquella tarde, el caso Gower parecía haber quedado totalmente olvidado.

Los Bannion regresaron del restaurante donde habían cenado después de haber asistido a una sesión de cine.

Mary, la doncella, se había acostado ya cuando el matrimonio entró en la casa.

Sobre la mesita del *living*, donde estaba el teléfono, había una nota:

«Han llamado dos veces, preguntando por usted, sin dejar ningún recado».

Esto era lo que decía la nota.

Frank rompió el papel y arrugó los pedazos, echándolos en el cenicero.

—Ya volverán a llamar —dijo.

Y llamaron entonces.

Frank descolgó.

—Diga.

—Hola, inspector. ¿Me reconoce?

El expolicía agrandó los ojos. En efecto, había reconocido la voz. Era la misma del día anterior. La que le anunció el asesinato.

Y la voz siguió:

—Seguro que me reconoce, inspector Bannion. Anoche cumplí lo prometido. La señora Gower se suicidó... ¡Pobre señora Gower!

—Siga hablando —replicó Frank.

—¿De veras creyó que se trataba de un suicidio, inspector?

—Espero que usted me lo aclare.

—¡Vaya! Me alegra oír esto.

—No se haga el gracioso y diga de una vez qué pretende.

—¿No lo adivina, Bannion?

—No.

—Sí, Bannion. Usted está seguro que lo de anoche no fue un suicidio, pero no puede usted probarlo.

—Continúe, me interesa el tema.

—Lo sé, inspector, lo sé. Y no sabe cómo me divierte esta situación. La policía habla de suicidio. El caso está cerrado y, sin embargo, usted y yo sabemos que no es tan fácil como a simple vista parece.

—Usted mató a la señora Gower. Es eso lo que trata de decirme, ¿verdad?

—Exacto, inspector. Yo soy el asesino. No fue un suicidio. Yo la maté.

Frank trataba de descifrar a quién pertenecía aquella voz susurrante, disimulada, pero no conseguía establecer ninguna semejanza. Tal como hablaba ni siquiera hubiese podido aventurar si era hombre o mujer.

—Reconozco que es usted listo en cierto modo. Consiguió un crimen casi perfecto.

—¿Casi, inspector? —replicó la voz en el mismo tono, aunque Frank adivinaba un resquicio de sorna en la pronunciación—. Es perfecto. Crimen en una habitación cerrada por dentro.

—Bien, amigo. Como por lo visto usted es un maestro en el arte de asesinar sin dejar huellas, espero que querrá explicarme cómo lo hizo.

—Eso tendrá que adivinarlo usted, Bannion, y hasta que no lo consiga seguirán esos extraños suicidios.

Frank comprendió perfectamente la amenaza, pero aun así preguntó:

—¿Qué quiere decir?

—Que el próximo «suicidio» también se cometerá ante sus propias narices...

—Oiga...

—No hablo en vano, Bannion. Mi técnica es perfecta y usted jamás podrá probarla.

—Usted está hablando como un resentido. Si tiene algo personal contra mí debo advertirle que ya no soy policía. Se lo dije anoche.

—¿Qué importa eso?

—Pues que puede usted seguir asesinando cuanto quiera. Es a la policía a quien incumbe descubrirle.

—Estoy seguro que a usted también le está royendo el gusanillo de la curiosidad. No puede dejar de ser policía, Bannion... Apostaría

cualquier cosa... Pero ya seguiremos hablando. Sí, Bannion, porque volverá a saber de mí... En cuanto se produzca el siguiente «suicidio».

—Está bien. Dígame cuándo va a ocurrir esto.

—Mañana por la noche, Bannion. Mañana por la noche.

Y enseguida la voz dejó de oírse. La línea telefónica quedó cortada al colgar el misterioso propietario de aquella voz disfrazada.

Inmediatamente, Frank marcó el número del puesto de policía.

Corrigan no estaba.

Colgó y llamó a su casa.

—Sí, Frank. Estaba en la cama, pero no importa. Tú sabes mucho de esto. ¿Ocurre algo? —contestó el inspector.

—¿Mi teléfono sigue intervenido? —preguntó Frank.

—No. Esta mañana he ordenado que lo dejaran.

—Han vuelto a llamarme. Era el mismo individuo de ayer...

Frank explicó brevemente la conversación sostenida ante la atenta escucha de su sucesor al otro lado del hilo.

Eran las doce del mediodía.

Jack bebió de un trago el vaso de *whisky* que Frank le había servido.

Había acudido a casa del expolicía, después de pasar por el puesto del distrito.

Corrigan le había informado más o menos sobre lo ocurrido.

—Me ha pedido discreción, para no alarmar a la gente —dijo dejando el vaso sobre la mesa.

—Sí. En estos casos, es mejor no precipitarse.

—Ardo en deseos de estallar, Frank. Mi mujer murió y, al parecer, no fue un suicidio. Ahora lo veo claro.

Frank le observaba en silencio.

Jack continuó:

—Un asesino anda suelto, Frank. Un loco, porque sólo puede ser un loco.

—Le detendremos, Jack.

—¿Cómo, Frank? ¿Cómo pensáis detenerlo?

—No pienso moverme de casa. Si ese hombre quiere cumplir su palabra tendrá que matar a alguien en «mis propias narices», y

créeme que le va a ser muy difícil.

—Si es el asesino de mi mujer, consiguió algo nuevo en los anales del crimen. Recuérdalo, Frank. La mató sin dejar ninguna prueba.

—Sí, Jack, sí; esa habitación cerrada no se me aparta de la imaginación, pero si «él» asegura que se trata de un crimen y es tan audaz como para intentar otro, te repito que aquí va a serle más difícil porque tendrá que matarnos a mí o a Corrigan.

—¡Frank! Piensa en Muriel...

—Mi esposa y la doncella marcharán esta misma tarde al *bungalow* de la playa. En el apartamento sólo estaremos yo y Corrigan.

—Te olvidas de alguien, Frank.

—¿De quién?

—De mí. Yo también deseo quedarme aquí.

—Por mí no hay inconveniente —asintió Frank.

Las siete de la tarde.

Dos coches patrulla se habían situado en las esquinas más próximas.

Cuatro policías de uniforme vigilaban atentamente el portal del edificio de apartamentos.

Otros dos policías estaban en el pasillo exterior vigilando la puerta de entrada del hogar de los Bannion.

También la azotea estaba vigilada, para prevenir cualquier eventualidad.

El criminal tendría que ser visto forzosamente.

En la casa, Corrigan acababa de entrar.

—Bien —murmuró—. He distribuido convenientemente a mis hombres, aunque dudo mucho de que sirva para algo.

—He tenido ocasión de tratar con asesinos tenaces. Bueno. En el fondo no eran más que paranoicos. Tipos que buscan la popularidad y son capaces de cualquier cosa para colmar su afán de hacerse notables. Para gentes así, retar a la policía no es una simple broma.

—Pero, Frank, quienquiera que sea, si quiere cumplir su palabra no puede ignorar el riesgo que corre.

—Aun así, apostarí a que nuestro hombre va a dar señales de vida.

Frank prendió fuego a un pitillo y ofreció otro al inspector.

—¿Qué dice Jack a todo esto? —inquirió Corrigan después de lanzar al aire una bocanada de humo.

—Quiere estar con nosotros. He accedido. Supongo que no tardará.

Corrigan guardó silencio.

El timbre del teléfono sonó en aquel instante. Frank se apresuró a coger el auricular.

—Diga.

Al otro lado sonó la extraña voz:

—El momento está cerca, Frank Bannion.

Frank hizo una seña a Corrigan, que corrió para tomar el auricular supletorio y así poder escuchar la voz.

El inspector, en un susurro, murmuró:

—Hay que ganar tiempo. En cuanto localicen el teléfono he dado órdenes de que salga un coche inmediatamente para detener al autor de la llamada.

Frank asintió.

—No creo que se atreva a cumplir su amenaza.

—Delo por hecho. Ya sé que la casa está rodeada de policías y me figuro también que su teléfono debe de estar intervenido, pero hoy no voy a estar mucho rato con usted.

—Le estoy esperando, amigo —replicó Frank—. Usted me prometió un crimen en mis propias narices y siento curiosidad para ver cómo va a conseguirlo.

—Muy sencillo, Bannion, esperando a que usted y todos los que vigilan la casa vayan al *bungalow* donde está su mujer y la doncella. No puedo hacer nada entretanto...

—¿Eeeeh? —La sorpresa de Frank no era fingida aquella vez.

—Sí, inspector Bannion. Mi trabajo lo haré allí. En el *bungalow* de la playa. Esperaré, de todos modos, que llegue usted allí. Adiós.

Y colgó antes de que Frank pudiese hacer la menor réplica.

Inmediatamente de colgar, Frank marcó el número de la central de conferencias, solicitando el número del *bungalow*.

La respuesta no tardó en llegar.

—Este número no contesta, señor.

—Pero no es posible. Mi mujer ha de estar en la casa.

—Quizá la línea esté averiada, señor. Lo comprobaremos.

—Sí. Compruébenlo —replicó Frank colgando.

—Vamos —añadió mirando a Corrigan—. Esto no me gusta nada.

El policía asintió y, siguiendo a Frank, salió de la casa.

Al llegar al umbral comentó:

—Deberíamos esperar unos momentos para saber el lugar desde donde se ha efectuado esa llamada.

Cinco minutos más tarde, los dos policías se cruzaban en el umbral de la puerta de la calle con Jack.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde vais? —preguntó.

—Ven si quieres, Jack —replicó Frank.

Por el camino, Frank explicó lo ocurrido.

Tras ellos, seguía el coche de Corrigan y los dos en que iban sus hombres.

—¿Se ha localizado la llamada? —preguntó Jack al final.

—Sí. Fue hecha desde un teléfono público y el que la hizo marchó antes de que pudieran echarle el guante.

—¡Maldito canalla! Me gustaría ser yo quien atrapase a ese individuo.

—A todos nos gustaría atraparle, Jack, a todos...

El exinspector continuó pisando el acelerador para llegar cuanto antes al *bungalow* de la costa.

En aquellos momentos comprendía que la vida de su esposa corría un gran peligro.

La arena de la playa llegaba casi al borde de la carretera. Al otro lado de la misma se alineaban varias edificaciones pequeñas, propias para el fin de semana o simplemente para ir a descansar.

El invierno atraía a menos gente y por tanto era de extrañar que el *bungalow* de Frank fuera el único habitado.

Frank saltó del coche y se precipitó al interior de la casa.

—Muriel, Muriel —llamó.

El interior parecía desierto. Por un momento, Frank se alarmó.

Iba a levantar la voz cuando Muriel apareció por una puerta del fondo.

—¡Frank! —exclamó la mujer—. No me dijiste que vendrías.

—¿Estás bien, querida? —preguntó él acercándose y rodeándola ligeramente con los brazos.

—Claro que sí... ¿Por qué?

Mientras Frank le explicaba someramente los motivos de su llegada al *bungalow*, Corrigan cuidaba de distribuir a sus hombres.

Jack esperaba en el umbral.

En apariencia todo parecía normal.

Momentos después, Corrigan entró en el *bungalow*.

—No te separes de tu mujer, Frank —dijo.

—No pensaba hacerlo.

—¿Puedo hacer algo? —preguntó Jack.

Corrigan negó, al tiempo que hacía un ademán como si quisiera indicar al periodista que se calmara.

—Voy a salir —dijo.

Corrigan se acomodó en una butaca frente a la puerta.

—Siento que te veas mezclada en esto, querida —murmuró Frank sentándose en el sofá junto a su esposa.

—Yo no tengo miedo por mí, Frank. Y me pregunto si ese hombre, o quien sea, no trata de perjudicarte.

No alcanzo a comprender el porqué. Ya no pertenezco a la policía.

—Sin embargo, las veces que ha telefoneado se ha dirigido a ti.

—Tu esposa tiene razón —adujo Corrigan.

Sí. Según se miraran las cosas, todo aquello parecía algo dedicado única y exclusivamente al expolicía.

¿Por qué?

¿Venganza?

Cabía en lo posible, pero la primera víctima había sido una mujer que, aparte de la amistad, en nada la unía a él.

¿Quién sería la próxima víctima?

CAPÍTULO VI

Transcurrió media hora.

Jack había entrado otra vez y paseaba nerviosamente.

Se sirvió un *whisky*. Uno más.

—Voy a vaciarte la botella —comentó.

—Tengo reservas —replicó Frank.

—No hay más hielo.

—Di a Mary que te saque de la nevera. Espera. Voy yo mismo. Por cierto, es extraño que no haya preguntado —comentó Frank levantándose para ir a la cocina.

Regresó enseguida.

—No está.

Muriel se encogió de hombros. Corrigan se levantó.

—¿No está quién?

—Mary, la doncella.

—No creo que haya salido, lo habría dicho —adujo Muriel.

—¿Cuántas habitaciones hay en el *bungalow*? —preguntó Corrigan.

—Dos en este lado —señaló Frank—, y otra junto a la cocina, aparte de los baños y la pieza donde nos hallamos.

Corrigan se acercó a la cocina. Señaló la puerta de al lado.

Frank asintió.

—Sí. Es la habitación de servicio.

—¡Mary! —llamó Corrigan.

Al no responder nadie, empujó la puerta.

La habitación estaba vacía.

Algo debió llamar su atención. No sólo la del policía, sino también la de Frank. Un ruido característico, como de...

¡Agua!

Agua que se estaba derramando.

—Allí —indicó Frank.

En la puerta del fondo, contigua a la del cuarto de la criada, estaba saliéndose el agua.

—Es el baño —exclamó Muriel.

Frank se abalanzó hacia la puerta, pero estaba cerrada por dentro.

Cargó con violencia para derribarla, pero la hoja se resistió al primer golpe.

Tampoco existía cerrojo de llave, sino pestillo interior.

Frank volvió a cargar y esta vez consiguió arrancar el pestillo.

Al abrirse la puerta, apareció la escena que ya todos temían.

Mary, la doncella, estaba dentro de la bañera, vestida a medias y, por supuesto, muerta.

El grifo del agua caliente seguía chorreando.

Jack se había encaramado a la pequeña ventana —bastante alta — que comunicaba con la parte trasera del *bungalow*.

—Por aquí —dijo Jack—. Por aquí debe haber entrado.

—No toques nada —advirtió Corrigan.

—No he tocado nada —negó el periodista.

Frank se acercó.

—Un momento... Está cerrada.

Jack agrandó los ojos, exclamando:

—¡Cielos! Es verdad... La han asesinado como a mi mujer...

Por lo menos el procedimiento había sido el mismo. Una habitación cerrada por dentro, con una ventana también cerrada y ambas sin posibilidad de ser abiertas desde el exterior.

El forense, al igual que la vez anterior, hizo notar que el agua caliente manando continuamente sobre el cuerpo de la muerta, mantenía la temperatura, dificultando establecer la hora en que se había producido la defunción.

Sin embargo, todos coincidían en que Mary estaba viva en el momento de llegar la policía, aproximadamente de treinta y cinco a cuarenta minutos antes.

El asesino había cometido su segundo crimen en las mismas narices de la policía, demostrando una audacia sin límites... Claro que también se trataba de un criminal muy poco común, tan poco común que podía matar filtrándose a través de las paredes.

—Ahora es cuando empiezo a tener miedo, Frank —musitó Muriel.

—Tranquilízate, Muriel. Descubriremos al culpable. Voy a pedir que se me deje intervenir de un modo oficial. Espero que no te moleste, Corrigan.

—Temo que en este asunto vamos a tener que ser muchos... Esto tiene trazas de convertirse en uno de esos casos que afortunadamente no se dan a menudo.

—Hay que parar a ese loco, Corrigan —replicó Frank—. Ahora ya no me cabe duda de que seguirá matando.

—Tú le desenmascararás, Frank. Estoy seguro —adujo Jack.

El sargento uniformado del exterior había manifestado momentos antes que nadie se había acercado a la casa, aunque admitía la posibilidad de que el asesino aprovechara algún leve descuido.

Como es natural, se intensificó la búsqueda por los alrededores. Especialmente en la parte trasera de los *bungalows*, donde crecían setos y arbustos que ofrecían la oportunidad de esconderse.

La búsqueda no resultó infructuosa.

Dos agentes no tardaron en llegar acompañados de un hombre joven, de aspecto deportivo, vestido con sencillez y no demasiado cuidado.

—Estaba rondando la casa —informó el agente en presencia de Corrigan.

—¿Qué es lo que ocurre? ¿Acaso uno no puede pasear por donde se le antoja? —preguntó de mal talante el joven.

—Pasear por los sitios donde se acaba de cometer un crimen resulta poco recomendable.

—¿Un crimen? —inquirió el joven con el desconcierto reflejado en el rostro—. ¿En este *bungalow*?

—Así es.

—¿Quién... quién ha muerto?

—Las preguntas las hago yo, pero voy a complacerle. ¿Conoce a una chica llamada Mary?

Antes de que el joven pudiese replicar, Frank apareció en el umbral bajo el pequeño porche donde tenía lugar el incipiente interrogatorio.

—Es Davy Raynolds —exclamó mirando al joven.

Corrigan se volvió.

—¿Le conoces?

—Sí. Creo que últimamente salía bastante con Mary.

Davy se adelantó para encararse a Frank:

—Señor Bannion... ¿Es Mary? Dígame... ¿Es ella a quien han asesinado?

Frank asintió.

—No puede ser... ¿Por qué? ¿Por qué, señor Bannion? Era una buena chica.

—Sí, Davy. Una buena chica.

Corrigan intervino de nuevo:

—Ahora, quizá quiera decimos qué estaba haciendo por aquí.

—Sí. Es muy sencillo. Quería verla.

—Un momento —terció Frank—. ¿Cómo sabía que estaba aquí?

—Me llamó por teléfono esta tarde. Me dijo que se trasladaba aquí y yo... Bueno, quería saber dónde estaba. No creo que haya nada malo.

—¿Por qué andaba escondiéndose? —Siguió Corrigan.

—Yo no me escondía. Vi que había policía y me extrañó. Por eso no me decidí a acercarme.

—Sólo teme a la policía el que no tiene la conciencia tranquila —continuó el inspector.

—Le juro que yo no tengo nada que ver con esto. A mí me gustaba salir con Mary. Puede que nos hubiésemos casado. Uno empieza a salir con una mujer y... ¡Bueno! Qué más da. Ha muerto y de veras que lo siento, pero no consentiré que carguen el mochuelo.

Frank hizo un gesto a Corrigan para hablar aparte con él.

—Estamos perdiendo el tiempo —comentó en voz baja.

—¿Conoces al muchacho?

—No. Pero apuesto a que dice la verdad.

—Estamos a cero, Frank. Toda ayuda es poca para abrimos camino.

—Corrigan, piensa que no nos hallamos ante un asesino corriente. Su forma de proceder hasta este momento es la más audaz que he conocido. Puede que sea obra de un paranoico, de cualquier modo será alguien menos vulgar que Davy Raynolds.

Tras un breve silencio, Frank Bannion añadió:

—Hay otra cosa a tener en cuenta. El asesino tenía que guardar relación con las dos mujeres.

—¿Quieres decir que tenía que conocerlas?

—Sí. Exactamente. Y dudo bastante que Davy tuviera algo que ver con Norah Gower. De todos modos, pregúntale si crees que puede servirte.

Jack había aparecido en último lugar y se quedó mirando a Davy, como si su rostro le recordara a alguien.

Por fin, cuando Corrigan y Frank se acercaban nuevamente al joven, exclamó:

—Ahora sé de qué le recuerdo... Sí. Es él.

Se acercó a Davy.

—Usted trabajaba en la editorial. En la Novelty.

Davy parpadeó.

—Sí. Estuve trabajando allí —respondió al fin.

—Un momento —intervino Frank—. ¿Conocía a tu esposa?

—Puede que sí. Por lo menos, yo fui algunas veces con ella cuando Davy Raynolds trabajaba todavía allí.

—¿Qué dice a esto, Davy? —preguntó Corrigan.

—No sé de qué me hablan.

—¿Conocía usted a Norah Gower?

—Pues, sí... La había visto algunas veces.

—¿Qué hacía usted en la editorial? ¿Cuál era su empleo? —preguntó Corrigan.

—Confeccionaba las fichas del material —respondió Davy.

Fue Jack el que concluyó ampliando considerablemente la respuesta del joven:

—Sí. Pasaba a las fichas los resúmenes que le entregaba Henry Kovac, el asesor...

Corrigan y Frank cambiaron una mirada.

Por fin parecía que una lejana lucecilla comenzaba a aparecer en aquel oscuro asunto.

Existía relación entre Davy y el asesor. Ya era algo.

CAPÍTULO VII

El elegante y refinado Henry Kovac invitó a sus dos visitantes a que se sentaran.

Eran Frank Bannion y el inspector Corrigan.

—Esta vez sí que no esperaba la visita de la policía —comentó.

—Anoche murió mi doncella, señor Kovac.

—Lo lamento, aunque no creo tener el gusto de haberla conocido, ni veo la relación.

Corrigan cortó:

—Quizá no exista una relación directa, señor Kovac, pero los detalles que necesitamos posiblemente usted podrá dárnoslos.

—Explíquense.

—Mary, mi doncella —siguió Frank—, tenía relaciones con un joven que usted conoce.

El asesor arqueó las cejas con extrañeza.

Corrigan aclaró:

—Davy Raynolds.

—Ciertamente.

—Queremos saber qué clase de persona es ese Davy —preguntó Frank.

—Bueno, quizá sea el menos indicado. Habrían podido dirigirse al jefe de personal de la Novelty.

—Es que sabemos que usted era la persona que más le trataba por cuestiones de trabajo.

—Sí, tal vez. Yo le pasaba los informes de las novelas sometidas a mi asesoramiento, pero nuestras relaciones eran simplemente de trabajo.

—Sin embargo, a él le despidieron.

—Sí. Tengo entendido que era un chico un poco distraído. Despreocupado en su trabajo. Cometía bastantes faltas.

—¿Estas faltas podían repercutir en los escritores? —preguntó

Frank.

—Pues no creo.

—¿Acaso el despido pudo originar en Davy un sentimiento vengativo?

Kovac sonrió.

—Señores, soy asesor literario, no psicólogo.

—Y un gran observador —recordó Frank—, que es un modo de ser psicólogo.

—Siento no poderles ayudar, de veras.

—Una última pregunta —terció Corrigan—. Usted dijo que no Conocía a la doncella de Frank Bannion.

—Sí. Y así es...

—Creo que se equivoca, señor Kovac —insistió el policía.

El asesor mostró de nuevo su extrañeza.

Fue Frank el que tomó la palabra para explicar:

—En cierta ocasión los Gower dieron una pequeña fiesta en la que usted estaba invitado. Precisamente ha sido Jack Gower el que ha recordado el detalle.

—¿Qué detalle?

—Que en esa fiesta, Norah pidió a mi mujer que le prestara a nuestra doncella. Aquella noche, yo estaba de servicio y por eso no pude asistir a esa fiesta. Mi esposa tampoco iba sin mí, pero Mary sí fue.

—En tal caso, no puedo recordarlo. Lo siento. Pero aun así... ¿qué tendría que ver?

—Nada... excepto que hasta el momento esas dos muertes guardan una estrecha relación y es posible que su autor, de un modo u otro, haya tenido también contacto con las dos mujeres asesinadas.

—Entonces... Norah Gower... —empezó el asesor.

Frank le cortó:

—No hay nada oficial, desde luego, pero tenemos suficientes motivos para pensar que, en efecto, murió asesinada.

Kovac se puso en pie.

—Señores, en tal caso, y en vista de sus preguntas, si desean volver a hablar conmigo de este asunto tendré que hacerlo delante de mi abogado. No me gusta que se me tome por sospechoso, ni que se me envuelva en asuntos en los que nada tengo que ver.

Tras esas palabras, pareció indicar que daba por terminado el tiempo asignado a aquella entrevista.

Frank y Corrigan salieron de la casa sin haber obtenido grandes progresos.

—¿Qué opinas de ese Kovac? —inquirió Corrigan al volante del coche oficial que había tomado para efectuar el servicio.

Frank pensó unos instantes antes de contestar.

—Todo en él parece pose. Una pose perfectamente estudiada que ha terminado por parecer natural, aunque a veces no lo es.

—Habrà que investigar a fondo sobre Kovac.

—Tal vez Jack pueda darnos algún detalle.

Corrigan consultó el reloj.

—A esa hora posiblemente le encontraremos en el periódico.

—Entonces vamos allá —replicó Frank.

—Yo sólo conozco a Kovac a través de mi esposa. Ella decía siempre que era persona inteligente, aunque a veces no llegara a comprenderle.

—Me consta que Norah sí era inteligente —terció Frank—. Tenía una vasta cultura y enorme capacidad para asimilar las cosas.

Jack bajó la cabeza.

—No me lo recuerdes, Frank. Cada vez que pienso que voy a ir a casa y la encontraré vacía...

—Lo comprendo —terció su amigo—. Sin embargo, todo esto es necesario, Jack. Tenemos que localizar a la persona que está detrás de todo esto.

—¿Y sospecháis de Kovac?

—Por algún sitio hay que empezar. Sospechas en serio ni Corrigan ni yo las tenemos...

Alguien se acercó para interrumpir la conversación. Era un tipo alto en mangas de camisa y ademanes dinámicos.

—¿Tienes listo eso, Jack? —preguntó.

—No. Enseguida lo termino.

—Date prisa. Lo necesito —dijo el individuo, alejándose.

—Disculpad. Es mi jefe. Y ya sabéis lo que es un periódico. No se puede parar.

—Bien, Jack. Si recuerdas algún detalle no dejes de avisarnos —concluyó Corrigan.

—Un momento —pidió Jack como si de repente acabase de ocurrírsele algo importante.

Corrigan y Frank se volvieron.

—Quizá no os sirva de mucho, pero... Creo recordar que Henry Kovac intentó ser escritor, pero fracasó.

En la editorial Novelty les atendió el propio gerente.

—Pues, sí, como escritor Kovac no es que fuese malo. Escribió algunos ensayos aceptables que tuvieron éxito, pero luego le dijo por las novelas de crímenes y no eran novelas vulgares precisamente. Kovac es un experto. Planteaba de la forma más racional toda clase de crímenes.

—Interesante —comentó Frank.

—¿En qué fracasó, pues? —inquirió Corrigan.

—En que el criminal acababa triunfando siempre y la justicia quedaba absolutamente burlada. Se complacía en ridiculizar a la ley y la atacaba duramente. Presentaba al criminal como a un héroe solitario luchando y venciendo a toda la organización policial y ésta, a pesar de sus medios poderosos, perdía invariablemente cuando se enfrentaba con alguno de los héroes de Kovac.

—Se ve que no nos tiene simpatía —sonrió Corrigan.

—Comprenderán que esa literatura nociva le perjudicó.

—Pero siendo un buen escritor pudo dedicarse a otros temas —comentó Frank.

—Eso ya es asunto del propio Kovac —manifestó el gerente.

—Bien, ¿aparte de esto conoce alguna otra actividad de nuestro hombre? —inquirió Corrigan.

—Desde que está como asesor exclusivo de nuestra editorial, no hace nada más, que yo sepa.

—Gracias —contestó Frank poniéndose en pie.

—Un último favor —pidió Corrigan—. ¿Tiene alguno de esos libros de Kovac en que nuestros colegas quedaban tan mal parados?

—Creo que podré complacerles —asintió el gerente.

—Será interesante echarles un vistazo.

—Se darán cuenta de que no es un novelista vulgar. Hay un concienzudo estudio de los personajes y situaciones. Nada está dejado al azar y, aparte del tema, la literatura es de primera clase... Ya se lo dije. Es una verdadera lástima.

CAPÍTULO VIII

Habían transcurrido dos días.

A pesar de los esfuerzos, ni Frank por un lado ni Corrigan por el otro, consiguieron grandes avances en sus investigaciones.

Se averiguó todo lo posible con respecto a Kovac y también a Davy Raynolds.

Precisamente, con respecto a éste último, Corrigan llamó a Frank aquella tarde.

—Acabo de soltarlo —le dijo a través del hilo telefónico—. No podía retenerle aquí sin formularle una acusación formal.

—¿Has hecho que le sigan? —inquirió Frank.

—Por supuesto.

Frank cambió de tema para decir:

—He terminado el libro de Kovac. Un auténtico poema.

—Nos pega fuerte.

—Más bien se ensaña. Indudablemente odia a todo lo que representa ley.

—Es una buena base en qué apoyar una sospecha. Especialista en crímenes perfectos, consigue eliminar a dos personas anunciándolo previamente y tratando de un modo descarado de hacer fracasar a la policía.

Frank asintió.

—Pero esto no constituye una prueba, amigo mío. Primero hay que empezar por probar que estuvo en los lugares donde se cometieron ambos asesinatos y además averiguar cómo lo hizo para salir después de matar.

Al otro lado, Corrigan interrumpió:

—Espera, Frank. Acaba de llegar un nuevo informe.

—¿De qué se trata?

—Un momento.

Frank aguardó unos instantes y de nuevo sonó la voz del policía:

—Agárrate, amigo. Henry Kovac procede de una pequeña localidad llamada Fellow Springs. Antes de venir a San Francisco, para instalarse definitivamente, tuvo un altercado con un individuo llamado Reginald Carson. ¿Te suena el apellido?

—Así se llamaba Mary. Mary Carson.

—El tal Carson a que yo me refiero —siguió Corrigan—, tenía en efecto una hija llamada Mary.

—Entonces, no hay duda de que se trata del padre de Mary.

—Lo cual quiere decir que Kovac tenía que conocer forzosamente a Mary, máxime teniendo en cuenta que en Fellow Springs hay muy pocos habitantes.

—¿Por qué fue ese altercado? —terció Frank.

—Por cuestión de intereses; parece que había dudas sobre los lindes de unas tierras que uno y otro poseían.

—Creo que Mary habló en una ocasión de unas tierras que por cierto no tienen demasiado valor. Eso fue lo que motivó a la chica venirse a la ciudad tras la muerte de su padre. Tuvo la suerte de encontrar a Muriel y ya conoces su buen corazón. Mary no hubiese encontrado trabajo jamás porque apenas sabía hacer nada y en casa no tuvo que preocuparse y en realidad nunca fue una doncella, únicamente cocinaba. Los trabajos pesados corrían a cargo de una asistenta. Bueno, esto no hace al caso.

—Pero lo de Henry Kovac sí, Frank. Ahora ya sabemos que ha mentido.

—Habrá que vigilarle de cerca —replicó Frank.

Los dos amigos se despidieron. En el umbral del *living* apareció Muriel en el momento que Frank colgaba.

—¿Algo nuevo?

Frank le explicó brevemente la conversación sostenida, con las últimas novedades descubiertas por Corrigan.

Muriel quedó pensativa un momento y al fin respondió:

—Nunca consideré ni remotamente que pudiera tener aptitudes como policía, Frank, pero de acuerdo con lo que acabas de decirme, se me ocurre que además de Henry Kovac existe otro sospechoso.

—¿Quién?

—Davy.

—Sí. Es posible.

—En Davy concurren las mismas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Veamos. Si no voy descaminada sospecháis de Kovac porque tenía relación con las dos mujeres y además se trata de una persona inteligente que odia a la ley y además es maestro en crímenes perfectos como escritor.

—Exactamente.

—Pues en Davy, aunque con distintas circunstancias, también se dan ciertas coincidencias. Por ejemplo, he recordado que Mary descubrió una vez en su cartera una foto de Norah.

—¿Una foto de Norah?

—Sí. Una foto obtenida en una piscina. La había hecho el mismo y dio como excusa que era un gran admirador de Norah.

—¿Por qué no lo dijiste antes?

—Ya te dije que no lo he recordado hasta ahora, pero aún hay más.

—Sigue, Muriel.

—Mary quería romper con Davy.

—¿Motivos?

—Davy era poco serio. Sólo iba con la chica para pasar el rato y aprovecharse cuanto pudiera. Ya me entiendes.

—Ahora nos va a resultar un conquistador.

—Más bien morbosos, sexual.

—Humm.

—Quería hacer fotos a Mary en bañador o mostrando las piernas...

Frank quedó un momento pensativo.

—Desde luego, habrá que tener en cuenta esto que has dicho, aunque hay algo que falla.

—¿Qué es lo que falla?

—Si se tratara de un perturbado sexual es posible que hubiese desnudado a sus víctimas antes o después de matarlas; por otra parte, no me parece un ser tan inteligente.

—Quizá te equivoques. Mary decía que sí lo era.

—La pobre Mary era una muchacha más bien de cortos alcances; por supuesto cualquier tipo medianamente listo le parecería un auténtico genio.

—Bueno, espero haberte podido ayudar. La verdad es que desearía que terminara esto cuanto antes.

Él se acercó cariñoso a su mujer.

—Frank, era feliz porque habías dejado la policía y de repente...

—Este asunto me atañe un poco, querida, y quiero colaborar. Piensa que cuanto antes quede resuelto, más pronto estaremos tranquilos. Y con un loco suelto, esto no es posible.

Olvidándose momentáneamente del asunto, besó a su mujer.

Sus bocas permanecieron unidas hasta que el timbre del teléfono les separó.

—Ya parece igual que antes —protestó ella—. El teléfono no para nunca.

Frank tomó el auricular.

—Diga.

Al oír la voz al otro lado, su rostro cambió por completo.

¡El asesino estaba hablándole otra vez!

—Seré breve, inspector, mi próxima intervención será mañana.

—Siempre no le saldrán las cosas bien —replicó Frank.

—Está muy lejos de poder impedirlo, Bannion. Muy lejos. Ni siquiera tiene la menor idea de quién soy yo.

—No esté tan seguro —replicó el expolicía.

—No me haga reír. Toda la policía está despistada y yo sigo siendo prácticamente invisible. ¿Cómo vencer a un hombre invisible?

—No diga bobadas.

Sonó una risita al otro lado y enseguida el chasquido del auricular al ser colgado.

Frank comunicó con Corrigan, que había localizado la llamada en otro teléfono público.

Como siempre, fue totalmente inútil encontrarle.

¿Quién iba a ser la víctima aquella vez?

La pregunta no la formuló nadie de viva voz, pero estaba en la mente de todos.

CAPÍTULO IX

Muriel terminó de enfundarse las medias y, durante unos instantes, estuvo observando si habían quedado bien puestas.

Frank se acercó con gesto contrariado.

—Siempre tenemos que separarnos cuando más me gustaría estar a tu lado.

—Sé que soy una egoísta, Frank —musitó ella—, pero desearía tanto que olvidáramos este asunto y nos fuésemos a alguna parte, lejos tú y yo...

—Donde quiera que fuera me perseguiría esa voz, Muriel.

—Quizá tengas razón.

—Muriel, nadie deseada complacerte más que yo mismo, pero ahora debes hacer lo que te he dicho.

Frank consultó el reloj.

—Sí, cariño. Comprendo que tú también estás sufriendo.

Salieron de la casa y subieron al coche de Frank.

Muriel se puso al volante.

—¿De veras no vas a necesitarlo? —preguntó refiriéndose al coche.

—No. Déjame en el puesto de policía. Corrigan me proporcionará uno si lo necesito. Tú ve directamente al periódico. Jack te estará esperando.

—Sí. ¿Cuándo te veré?

—No lo sé. Forzosamente tendremos que esperar a que el criminal de señales de vida.

—Ten cuidado, Frank.

—Siempre lo he tenido. Y sobre todo desde que te conocí... No quiero dejarte viuda. Eres demasiado bonita.

Muriel había dejado a su marido y se dirigió al periódico donde trabajaba Jack.

Éste estaba ya en el umbral. Salió al reconocer el auto y avanzó para subirse.

Muriel volvió a ponerlo en marcha.

—Podemos ir directamente a casa —dijo Jack.

—No sé por qué Frank se ha empeñado en esto.

—Es lógico. No quiere dejarte sola en el apartamento. Por otra parte, es difícil que el asesino sospeche dónde estás...

Ella, agrandando los ojos, dijo:

—Pero, Jack... ¿Acaso Frank teme que yo... pueda ser la próxima?

—Hay que prevenir todas las posibilidades, Muriel. Nos hallamos ante un auténtico monstruo.

—Calla, por Dios, Jack. Conseguirás asustarme.

—Perdona... Yo lo único que quiero es protegerte —la miró con infinita ternura.

—Pero ¿a quién benefician esas muertes? —preguntó ella.

—Supongo que en este asunto no media ningún interés de orden crematístico.

—¿Crees también que se trata de una venganza? —preguntó ella.

Jack asintió.

—Pero si es únicamente para desprestigiar a la policía —siguió ella—, tu pobre esposa y Mary no son más que víctimas inocentes.

—Instrumentos, medios, para conseguir el fin propuesto.

—No puedo comprender que existan seres tan perversos, tan malvados.

—Tú sabes poco de la vida, querida Muriel. Para ti todo ha sido siempre fácil.

—Si te refieres a que he tenido dinero, sí.

—Otros, en cambio, han tenido que luchar para abrirse un porvenir. Yo mismo, por ejemplo. Y ya ves, ni siquiera he llegado a jefe, pero he sabido resignarme, como cuando me diste calabazas —sonrió tristemente.

—Oh, Jack...

—No me importa que hubieses elegido a Frank. Yo también tuve suerte con Norah. Nos queríamos —se entristeció al recordarla.

—Hablemos de otra cosa —pidió ella.

—Déjame terminar lo que iba a decirte.

—De nada sirve hablar de lo que ya no tiene remedio.

—Te estaba diciendo —siguió él— que hay gentes inadaptadas, ¿comprendes? Luchan sin obtener resulta dos y viven con el rencor metido en el corazón y es ese rencor el que, a medida que va agrandándose, puede llegar a extremos insospechados.

—Pero el no haber triunfado en la vida no es excusa para cometer un crimen. Además, todos dicen que el asesino demuestra tener una inteligencia superior. Siendo así, ¿por qué no la usa en algo de provecho?

—Quizá así se cree más importante. No sé. Esperemos que Frank lo descubra pronto, para bien de todos.

De pronto ella quedó mirando el retrovisor.

Su rostro sufrió una brusca mutación.

—Jack —exclamó—. Creo que nos está siguiendo un coche. Él se volvió.

Efectivamente, detrás venía un «Cadillac» negro.

—Pisa a fondo. Enseguida sabremos si de veras nos sigue. Ella obedeció.

El «Cadillac» también pareció acelerar.

—Dios mío. Sigue ahí —exclamó ella.

—Tuerce a la derecha. Rápido —aconsejó él.

Muriel, con los nervios en tensión, frenó ligeramente al tomar la curva y enseguida dio nuevamente gas.

Miró por el retrovisor y vio el «Cadillac» asomar por la esquina.

Pero aquella vez no les siguió.

—Debió tratarse de una falsa alarma —dijo Jack.

Ella lanzó un suspiro.

—Menos mal.

—De todos modos no temas, Muriel. No te dejaré ni un solo momento. A mi lado nadie se atreverá a hacerte daño.

Poco después habían llegado a la colina.

La vista diurna, aunque distinta de la de la noche, era también digna de ser contemplada.

La ciudad, la bahía y aquella parte de la zona residencial, perfectamente cuidada.

Pero ni Muriel ni Jack estaban por el paisaje.

El hombre precedió a Muriel para abrir la puerta de la casa.

Momentos después cruzaban el umbral de la puerta.

Él se volvió un momento para comprobar que en el exterior todo estaba normal.

Cerró la puerta.

—Siéntate, ponte cómoda. ¿Qué quieres que te sirva?

—Ahora nada, Jack. Tengo que llamar por teléfono a Frank. Quedamos así.

—Sí, sí...

Se acercó a la mesita y marcó el número de la central.

La voz del sargento respondió.

—Le daré el recado en cuanto vuelva, señora Bannion.

—¿Se ha ido? —inquirió ella.

—Sí. Salió con el inspector Corrigan hace cosa de diez minutos.

—Gracias, sargento.

Colgó.

Estaba frente al ventanal, a escasa distancia, y quedó un momento pensativa, como ausente.

A través de la cortina de tergal vio la difuminada figura de un coche acercándose a la casa.

Avanzó con un presentimiento.

¡El «Cadillac» negro!

Era el mismo. Estaba completamente segura.

—Jack... Jack... —gritó visiblemente asustada.

CAPÍTULO X

Entretanto, en la ciudad, Corrigan y Frank Bannion estaban efectuando una nueva comprobación.

Un confidente había revelado algo a Corrigan que podía constituir una nueva pista.

Corrigan detuvo el auto delante de un edificio de la parte sur de la ciudad.

Frank comentó:

—Me gustaría saber si Muriel y Jack han llegado.

—No te preocupes ahora.

—Se trata de mi mujer, Corrigan, y sí me preocupa.

—Jack sabrá cuidar de ella. Además... nuestro hombre no suele actuar a la luz del día.

—Por ahora, no —admitió Frank.

Ambos hombres se plantaron delante del portal.

En los buzones de la correspondencia leyeron los nombres de los seis inquilinos que compartían el inmueble.

Corrigan señaló uno con el índice:

ARCHIE DOLMAN *Juez*

—Éste es nuestro hombre —murmuró.

Poco después, los dos eran atendidos por la esposa del juez Dolman, que les introdujo en el austero despacho de su marido.

—Archie les atenderá enseguida.

Efectivamente, apenas había desaparecido la mujer, se presentó el juez.

Era un hombre que debía rayar en los setenta o tal vez más. Se conservaba bien físicamente y el pelo totalmente plateado le daba un aspecto más venerable, más señorial.

—No se molesten, señores —sonrió cuando los dos hombres se

levantaron para saludarle—. Están ustedes en su casa. Y me sentiré muy honrado si puedo servirles.

Corrigan tomó la palabra una vez el viejo juez hubo ocupado su asiento al otro lado de la mesa.

—Alguien nos ha dicho que usted podría informarnos acerca de un individuo llamado Raynolds, Davy Raynolds.

—¿Davy Raynolds? —murmuró pensativo el juez—. ¿Alguien a quien juzgué hace años tal vez?

—No. Temo que el tal Raynolds no se sentó jamás en el banquillo, aunque puede que no tarde en hacerlo.

—Bueno, entonces...

—Un confidente reconoció a Raynolds como antiguo abogado... Me sorprendió bastante, porque su aspecto no es precisamente el de un hombre de leyes...

El juez cortó con un ademán, seguido de la palabra:

—Bueno, el aspecto no indica nada. Yo he conocido a abogados que parecían vaqueros y en realidad lo eran. Sobre todo, en algunas pequeñas ciudades... Claro que al tal Raynolds no lo recuerdo. Comprendan que hace años que no ejerzo y a veces los rostros se confunden unos con otros... Raynolds, Raynolds... Conocí a un Jonathan Raynolds. Un magnífico abogado...

—Tal vez una foto le ayude a recordar —replicó Corrigan, alargando al viejo juez una foto de Davy.

El hombre la miró durante unos instantes.

—Claro que le recuerdo. Está un poco cambiado. Antes su aspecto era distinto. Estoy seguro. Era un hombre elegante. Usaba buena ropa... Déjenme que haga memoria, veamos —vaciló unos instantes y agregó—: Illinois. Fue en Illinois.

—Asombroso, señor juez —exclamó Corrigan—. Es lo que me dijo el confidente.

Frank intervino para agregar:

—Hemos buscado entre todos los jueces a alguno que hubiese ejercido en aquel Estado. Y hemos dado con usted.

—Voy recordando datos poco a poco. Si lo que desean es una información sobre ese abogado, espero poder complacerles.

Tras otra pausa, el juez sonrió levemente, como si al fin hubiese conseguido lo que se proponía y comenzó:

—Davy Reynolds... No. No era su nombre. Entonces se hacía

llamar Dean Roberts.

—Ha conservado las iniciales —terció Frank.

—Supongo que Dean Roberts es su verdadero nombre. Debí cambiarlo cuando le expulsaron.

—¿Sabe por qué le expulsaron? —preguntó Corrigan.

—Hubo ciertas irregularidades en algunos juicios... La ley es compleja, pero clara; sólo que hay muchos modos de interpretarla y Dean Roberts, o Davy Raynolds, era de los más liberales en este sentido.

Frank y Corrigan sonrieron.

—Comprendo —dijo el primero.

—Surgieron algunas denuncias. Se abrió una investigación y, aunque no se le pudo probar nada punible, se le inhabilitó.

—¿Y no ha vuelto a ejercer? —preguntó Corrigan.

—Según creo recordar, probó fortuna en otros Estados, pero pecó con las mismas faltas; luego su reputación comenzó a extenderse y perdió su derecho a ejercer posiblemente en todo el territorio.

—Entonces... Es otro buen ejemplar —comentó Corrigan mirando a Frank.

Éste asintió y se puso en pie.

—Gracias, juez Dolman.

—¿Qué ha hecho ese caballero ahora? —preguntó el viejo hombre de leyes—. ¿Ha ejercido ilegalmente o se ha metido en algún dio?

—Hay dos asesinatos para descubrir. Dos asesinatos que ha cometido la misma persona. Todo parece concordar en que el autor es un resentido de la sociedad —explicó Corrigan.

—Y muy listo —recordó Frank.

—Humm, pues Dean o Davy lo era, y tenía una gran habilidad para atraerse la simpatía de las personas.

—Una última pregunta, juez —adujo Corrigan.

—Con mucho gusto.

—Usted que le conoció en aquella época, pongamos unos seis o siete años antes.

—Sí, más o menos. Fue poco antes de retirarme.

—Pues bien, ¿usted qué opina de ese hombre en el terreno sexual? Por ejemplo, ¿lo catalogaría como un perturbado, un

inadaptado, un maniaco?

El juez, tras un silencio, se encogió lentamente de hombros.

—Esto ya no lo sé, aunque en este aspecto se produjo más de un escándalo, aunque no estoy seguro.

—Muchas gracias por todo, juez —repitió Frank.

Poco después salían con la sensación de haber dado un paso más, pero muy lento y casi a ciegas, porque por mucho que se probaran unos antecedentes poco recomendables tanto en Davy como en Kovac, si no se les podía probar a uno u a otro su presencia en el lugar del crimen y la forma en que lo cometieron, era como no haber conseguido nada...

Aquellas puertas y ventanas cerradas seguían siendo la clave de todo...

Claro que cualquier cosa que se resolviera tenía que ser pronto y antes de que la tercera víctima cayera en manos del extraño asesino.

Y si esa víctima tenía que ser Muriel, quizá en aquellos mismos instantes el peligro era ya inevitable.

CAPÍTULO XI

El «Cadillac» negro se había detenido frente a la puerta de la villa de Jack Gower.

Y era el mismo coche que Muriel advirtió que les seguía.

La joven, asustada, había gritado.

—Jack... Jack...

El acudía corriendo para colocarse junto a ella.

Del coche descendía un hombre. Un hombre que vestía un traje oscuro, parecía muy elegante y de un gran refinamiento.

Jack le reconoció enseguida.

¡Henry Kovac!

Y el recién llegado avanzaba con paso firme hacia la puerta.

Muriel arqueó las cejas...

Aquel hombre, para ella, tenía algo familiar.

Cuando sonó el timbre, Jack abrió un cajón de la mesita del teléfono y sacó una pistola.

—Nunca se sabe —comentó guardando el arma en el bolsillo en el mismo momento que abría la puerta.

El recién llegado saludó cortésmente.

—Perdone si mi visita le resulta inoportuna, pero...

—Se volvió ligeramente y al ver a Muriel exclamó: —Muriel Landfiel.

Quedó mirando a la muchacha, como si de repente hubiese olvidado el motivo de su visita.

Jack le franqueó la entrada.

Volvióse a Muriel y preguntó:

—¿Conoces a Henry Kovac?

—Creo que sí.

El recién llegado se acercó a la muchacha y se inclinó levemente.

—Su padre y el mío hicieron algunos negocios. Usted quizá no

me recuerde, pero yo estuve varias veces en su casa cuando vivían en Los Ángeles.

—Sí. Creo recordarle —murmuró ella.

—Hace ya algunos años, pero usted está igual que entonces; bellísima, si me permite la expresión.

—Muriel es la señora Bannion —puntualizó Jack.

—¿Señora Bannion? —inquirió el asesor recordando el apellido —. ¿La esposa del inspector...?

—Sí, señor Kovac —afirmó ella.

—Bueno. El mundo es un pañuelo. He tenido mucho gusto en saludarla.

Ella guardó silencio. Jack espetó enseguida:

—¿Por casualidad no nos ha venido siguiendo, Kovac?

—No... Bueno... Claro. Sí. Es verdad. El caso es que creí reconocer a Muriel; perdón, a la señora Bannion, y traté de acercarme, pero como vi que se desviaba de mi ruta seguí, sin sospechar ni remotamente de que seguíamos el mismo camino.

—Yo también iba en el coche —puntualizó Jack.

—Lo siento, señor Gower. Sólo me fijé en ella.

—Bueno, ahora dígame el motivo de su visita.

—Ah, sí. Traigo unos apuntes que pertenecían a su esposa. He pensado que le gustaría conservarlos; por otra parte, hay un asunto más delicado. Quizá el momento no sea muy oportuno, pero...

—Diga, Kovac —pidió el dueño de la casa.

—Se trata de unos ejemplares de consulta que presté a Norah. Me veo precisado de ellos y por esto le rogaría que me los devolviera.

—No tengo ningún inconveniente. Suba conmigo y usted me indicará cuáles son.

—Con permiso. —Kovac se inclinó de nuevo levemente ante la joven y se apresuró a seguir a Jack.

Poco después reaparecían los dos hombres y el asesor portaba en las manos tres ejemplares.

Al llegar nuevamente a la planta baja, Kovac habló nuevamente al dueño de la casa:

—Por último, queda el asunto de los derechos de su esposa. El señor Astor, nuestro gerente y director comercial, como sabe, me ha encargado que le dijera que puede pasar cuando guste a formalizar

algunos papeles.

—Gracias —replicó con cierta sequedad Jack.

Kovac añadió:

—En el supuesto, claro está, que su esposa tuviera hecho testamento a su favor.

—Por supuesto que sí. Nos habíamos dejado mutuamente nuestros bienes.

—En este caso, haga lo que le he dicho. Es una pura formalidad.

Sin más, Kovac se despidió de la muchacha con el mismo ceremonial y las mismas palabras y gestos.

Más tarde salía de la casa para dirigirse al «Cadillac» negro.

—Tenemos que telefonar a Frank —dijo Jack—. Ahora Kovac ya sabe que estás aquí.

—Jack, vuelves a lo de antes. ¿Por qué pensar que sea quien fuere el asesino tiene que elegirme precisamente a mí?

—Pura precaución, querida.

Y Jack comenzó a marcar un número de teléfono.

—Cuidado, Jack —advirtió ella—. Vuelve.

Efectivamente, Kovac regresaba de nuevo.

Tocó el timbre. Jack volvió a abrir.

—¿Se olvida algo, señor Kovac? —preguntó.

—Sí. Quiero decir algo a la señora Bannion, para que lo transmita a su marido.

Ella se acercó a la puerta.

—Por favor, señora Bannion. Sé que su marido está investigando acerca de mí. No es que se lo reproche, puesto que cumple con su obligación. Sólo que pierde un tiempo lamentable. Si existe un asesino, no soy yo.

—Señor Kovac, nunca suelo entrometerme en los asuntos de mi marido. Él sabe mejor que yo cómo llevar las cosas.

—Sí. Lo comprendo, pero únicamente trataba de hacerle un favor y evitarle una pérdida de tiempo que quizá pueda tener fatales consecuencias.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Jack.

—Han habido dos muertes, según creo; piensen que puede haber una tercera y sería lamentable que pudiéndola evitar no se hiciera.

—Descuide, Kovac —cortó Jack—. La policía ha tomado sus medidas.

—Según se dice, también las tomó la última vez y el asesinato se cometió en sus propias narices.

Había como un deje de burla en las palabras de aquel hombre.

¿Burla o tal vez amenaza?

Dio la vuelta y se dirigió definitivamente hacia su coche.

Momentos después, lo ponía en marcha y se alejaba de la villa, perdiéndose en la curva que iniciaba el descenso de la colina.

Las palabras de Kovac seguían flotando en el ambiente.

«La última vez también se tomaron precauciones y el asesinato se cometió en sus propias narices».

Muy propio de un hombre que goza con los fracasos de la ley. Sí, muy propio de una mente retorcida como la suya, pero inteligente, muy inteligente.

Pero la posibilidad de que la burla entrañara al mismo tiempo una amenaza había puesto una nota de pánico en el ambiente.

CAPÍTULO XII

Jack llamó nuevamente al puesto de policía.

Miró un momento a Muriel y asintió, queriendo indicar con ello que Frank estaba.

—Frank —dijo, cuando éste ocupó el otro lado de la línea—. Kovac ha estado aquí.

Y relató de un modo especial su despedida.

—No os mováis de ahí hasta que yo venga —replicó Frank—. Ahora son casi las seis. Llegaré en media hora.

—De acuerdo.

—Cierra todas las ventanas, Jack. Por Dios, no dejes nada abierto y si Kovac o quienquiera que sea llama, ten mucho cuidado. No te fíes de nadie.

—¿Qué es lo que temes? —inquirió Jack.

—Nada en concreto y todo. Ahora Kovac sabe que Muriel está ahí...

—Pero estoy yo, Frank.

—La otra vez estábamos todos. Recuérdalo.

—¿Qué piensas hacer?

—Hacer que vigilen la casa y acompañar a mi esposa a casa. Está oscureciendo. Y nuestro hombre, hasta el momento, ha huido siempre de la luz del día.

—¿Has recibido alguna llamada?

—Del asesino, no.

—Bueno, Frank, te esperamos.

—Recuerda todo lo que te he dicho —repitió Frank.

Colgó. Jack dejó un momento a Muriel.

—Voy a asegurarme de que todo está en orden.

Primero se acercó a la puerta y dio la vuelta a la llave.

—Toma, guárdala —dijo entregándola a Muriel.

Enseguida subió arriba para comprobar las ventanas.

Fuera, en el exterior, se deslizaba una sombra...

Cuando la voz pidió al sargento de guardia que deseaba hablar con Frank Bannion, éste estaba ya dentro de uno de los coches patrulla con tres policías uniformados que le acompañaban.

Un agente salió en aquellos instantes para advertir a Frank:

—Le llaman por teléfono.

—¿Quién es?

—El sargento cree que es el asesino.

Frank saltó al exterior y en cuatro zancadas se plantó ante la mesa del sargento de guardia.

—Están localizando la llamada —susurró—. Procure entretenerle.

—¿Está seguro que es él?

—Yo nunca le he oído. Pero quienquiera que sea, está fingiendo la voz.

—Está bien, si es él trataré de retenerle.

Aplicó el auricular a la oreja y enseguida comprobó que, efectivamente, se trataba de la voz de siempre.

Hizo un movimiento afirmativo con la cabeza para que el sargento supiera que se trataba del asesino.

El policía se puso en contacto con la sección de control.

La voz, en aquellos momentos, estaba susurrando a Frank:

—Todas sus precauciones volverán a fallar, inspector Bannion.

—Vamos a correr ese riesgo.

—Esperaba mi llamada, ¿verdad? —Siguió la voz.

—Pues, sí. Ayer no fue muy explícito. Esperaba que me dijese el lugar donde iba a actuar por tercera vez.

—Lo siento, inspector. No puedo darle tantas ventajas.

—¿Qué le pasa? ¿Pierde facultades? —Frank trataba de alargar la conversación para dar tiempo a los técnicos de localizar aquella llamada.

La voz, siempre en el mismo tono, replicó:

—Ya di una muestra de lo que era capaz la última vez. Recuerde que todo estaba rodeado, pero a mí nadie me vio.

—Sí, fuimos un poco torpes. Me duele reconocerlo, pero hay que saber perder.

—Trata de darme coba, inspector Bannion. Le aseguro que no la necesito en absoluto. Y esta vez no le diré el lugar, pero sí la

persona elegida, lo cual no deja de ser una gran ventaja, ¿verdad?

—Está bien. Dígame el nombre de esa persona.

—¿No lo adivina, inspector Bannion?

—No. No lo adivino —replicó Frank manteniéndose firme.

—Su esposa, inspector Bannion. Su esposa.

—Oiga, oiga —gritó Bannion creyendo que su interlocutor había colgado, dado el silencio que se produjo tras sus últimas palabras.

—No se desespere, inspector. Todo seguirá su curso, tal como lo he planeado... Ahora usted está muy lejos de Muriel. A media hora... Sería tan fácil.

—Oiga... ¿qué le ha hecho a usted Muriel?

Había frenesí en el rostro de Frank, contraído por una mueca de rabia mal contenida ante la impotencia...

Si el asesino hubiese estado allí, frente a él, ¡qué distinto todo!

Frank era de los que daban frente a la lucha y no conocían el miedo, pero ahora era como luchar contra un ser invisible.

¡Y era su esposa la que estaba en peligro!

¿Cómo mantener la serenidad?

Aun así procuró que su voz no delatara su estado de ánimo y prosiguió:

—Vamos, ¿en vez de Muriel por qué no me elige a mí? —preguntó.

La respuesta de la voz fue todavía más desconcertante:

—También está en la lista, inspector. Usted seguirá a su esposa...

—¿Cuándo?

—Hoy mismo, inspector. Supongo que no la soltará de la mano. Así me será mucho más fácil. Y nada más, querido inspector. Ésta es la última vez que hablamos.

—Oiga... Puesto que tan seguro está, dígame qué piensa emplear.

Sonó una risa al otro lado.

—No quiere decirlo, ¿eh? —insistió Frank.

—¡Qué ingenuo es usted! —contestó el del otro lado.

—La primera vez utilizó una pistola, a Mary la ahogó en la bañera. ¿Qué es lo que va a utilizar ahora?

—Si se lo digo no me va a creer.

—Pruébelo.

—Ya está bien de charla, inspector. Usted está tratando de ganar tiempo para que averigüen desde dónde llamo... No se molesten tanto. Se lo diré yo mismo. Estoy cerca, muy cerca de su esposa. Desde donde estoy puedo ver la casa de Jack Gower, pero supongo que esto no le tranquilizará precisamente.

—Espere...

—Adiós, inspector. Adiós para siempre.

Y aquella vez colgó sin remedio.

Frank había palidecido.

—Este hombre es capaz de haber dicho la verdad Y Muriel está en peligro.

Corrigan salía en aquellos momentos. El sargento recibía la confirmación telefónica.

—Ese hombre no ha mentido. Llamó desde una cabina pública en la colina.

—Sí. Creo que hay una a unos cien metros de la casa —comentó Frank.

Se precipitó hacia la puerta. Corrigan gritó:

—Estaré esperando tus noticias con todos los coches dispuestos.

—Más deprisa, más deprisa —repetía Frank al sargento que conducía el coche.

—Tranquilo, Frank. Ese hombre ha demostrado ser osado. No creo que haga nada hasta que se sepa rodeado. Juega fuerte.

—Quisiera saber por qué.

—Lo sabremos cuando le hayamos detenido.

—Tiene que ser esta noche. No puede fallar. La vida de Muriel está en juego.

—Y la suya...

—No me dejaré sorprender.

—Nadie se dejará sorprender hoy. Tensa en cuenta que tanto Kovac como Raynolds están vigilados.

—Sí. Ya lo sé. Los encargados de hacerlo han confirmado que están sobre ellos, pero aun así no me fío. Quisiera estar ya allí.

La oscuridad era total. Sólo las luces de la carretera iluminaban el paraje.

La sombra de un hombre seguía proyectándose en el suelo, muy cerca de la casa de Jack Gower.

CAPÍTULO XIII

Muriel colgó el teléfono.

—¿A quién llamas? —preguntó Jack bajando la escalera.

—A nadie, Jack... Es que de repente se me había ocurrido... — vaciló.

Jack se acercó.

—¿Qué te ocurre, Muriel?

—Una tontería. Pensé que si Kovac es el asesino, ¿por qué no llamarle? Si le tenemos cerca, frente a nosotros, no tendremos por qué temerle. El peligro sólo está en lo que no vemos, porque no podemos defendernos de él.

—Muy bien razonado, Muriel, pero es mejor que consultes con Frank. Ya no puede tardar en llegar.

Instintivamente, Muriel consultó su reloj.

—Ha transcurrido ya casi media hora.

—Bueno, quizá el tránsito les ha entretenido.

Se hizo un breve silencio, como si ninguno de los dos se atreviese a hablar.

Tal vez debido a esa quietud fue posible oír el leve crujido de las piedras del camino al ser aplastadas por un zapato.

Muriel se levantó visiblemente asustada.

Jack también había oído.

—Hay alguien fuera —susurró ella.

—No te muevas.

—¿Qué vas a hacer?

Jack empuñó el revólver y se dirigió hacia la parte posterior de la casa.

—Saldré por la puerta de atrás. No temas, cerraré con llave.

—No salgas, Jack. No quiero que te ocurra nada. Esperemos que llegue Frank.

—Muriel... estoy aquí para defenderte. No puedo quedarme

acurrucado aquí dentro mientras un posible asesino está rondando mi casa.

Se alejó por el paso que comunicaba con la cocina y salió por una de las dos puertas de la parte posterior. La de la cocina, precisamente.

Pistola en mano, y pegado a la pared, Jack comenzó a deslizarse.

En la fachada principal, la sombra permanecía quieta conteniendo la respiración.

Jack seguía despacio avanzando sin el menor ruido.

Entonces la sombra comenzó a moverse en dirección a la ventana.

Con la luz en el interior y la oscuridad fuera, era posible ver incluso a través de las cortinas de tergal.

Un par de ojos relucientes se pegaron casi al cristal y se clavaron en Muriel.

La muchacha se paseaba nerviosa. Luego, se sentó.

Los ojos buscaron las piernas.

Luego se apartaron de la ventana.

La sombra se alejó lentamente por la parte trasera, perdiéndose entre el descampado.

Cuando Jack llegó a la fachada principal, no encontró a nadie.

En el puesto de policía, Corrigan recibía una llamada telefónica.

Era la primera mala noticia de la noche. Mala noticia en lo que se refería a las medidas de seguridad adoptadas.

La voz del agente encargado de vigilar a Davy Reynolds informó:

—No comprendo cómo ha podido ocurrir, inspector, pero se ha largado.

—Pero ¿no estabais vigilando su pensión?

—No la hemos perdido de vista ni un segundo.

—Pues, ¿por dónde se esfumó? —gritó Corrigan.

—Por la azotea. Debió darse cuenta, subió y fue saltando por los terrados. Esto es lo que suponemos, porque no puede haber otra explicación, la casa no tiene más salidas.

Corrigan colgó malhumorado.

«No puede haber otra explicación».

Tampoco había explicación en aquellos dos crímenes que sé habían cometido y, sin embargo, también allí el asesino logró salir

de sendas habitaciones completamente cerradas por dentro e imposible de ser abiertas por fuera...

El «Cadillac» negro de Kovac rodaba a marcha normal por la Washington Avenue.

Tras el auto dos agentes conducían otro, siguiéndole a prudente distancia.

Kovac miraba continuamente a través del retrovisor y sonreía.

De pronto, tras doblar a la derecha a la misma marcha, apretó de firme y dobló por el siguiente callejón.

Cuando el coche de los agentes llegó a la misma altura, se dio cuenta del juego.

Kovac había estado simulando no percatarse de aquella vigilancia para mantener confiados a sus seguidores.

No es que los agentes se confiaran, pero seguir un coche entre el inmenso tráfico de la ciudad de San Francisco a las seis y treinta minutos de la tarde, es empresa de titanes.

Kovac sólo tuvo que esperar que el vehículo de los dos agentes pasara de largo para salir del callejón y tomar la dirección opuesta.

Poco después, Corrigan recibiría la segunda mala noticia de la noche.

Henry Kovac también había logrado burlar la vigilancia.

En aquellas circunstancias, la protección a las futuras víctimas se hacía mucho más difícil.

CAPÍTULO XIV

En la villa de Gower, Frank se había reunido ya con su esposa y con Jack.

Fuera esperaban los policías que guardaban la casa.

—Muriel —decía Frank—, no voy a mentirte con respecto al peligro. Tienes derecho a saberlo.

Cambió una mirada con Jack y prosiguió:

—El asesino ha vuelto a llamarme.

Ella tragó saliva.

—Jack... Soy... ¿soy yo la víctima?

Frank asintió al cabo de un silencio. Y añadió:

—En realidad, somos los dos.

Muriel se abrazó a su marido.

—Oh, Frank. ¿Por qué? ¿Por qué?

—Posiblemente, una venganza. No importa ahora el motivo.

—Frank —replicó ella tratando de serenarse—. Haré todo lo que tú digas. Colaboraré como sea.

—No. No tienes que hacer nada. Iremos a nuestro apartamento.

—¿Por qué no al puesto de policía? Allí no se atrevería —adujo Jack.

—Ya lo había pensado —replicó Frank—. Pero esto no solucionaría nada; en todo caso retrasaría los días... Es necesario acabar cuanto antes.

—¿Y ella? —Siguió Jack.

—Va la primera en los cálculos del asesino. Estaríamos en las mismas condiciones.

—Tienes razón, Frank —arguyó Muriel—. Acabemos de una vez. Trataré de ser valiente.

Él le acarició suavemente la barbilla.

—Mi querida Muriel... No sabes cómo estoy deseando atrapar a ese tipo.

Jack se había sentado en el sofá. De pronto se levantó como si acabara de ocurrírsele una idea.

—Frank, creo que ya tengo la solución. No tienes por qué exponer a Muriel.

—¿En qué estás pensando?

—En separaros «oficialmente».

—No comprendo —replicó Frank entornando los ojos.

—Frank... en el cuerpo habrá alguna chica que aproximadamente tenga la talla de Muriel. Pide permiso y sustituye a tu esposa por una mujer policía.

Frank quedó unos momentos dubitativo.

—También se me había ocurrido, pero... No sé si de este modo podríamos engañar al asesino.

—Quienquiera que sea no podrá acercarse a las víctimas que ha elegido, porque estarán rodeadas de policía, ¿no es así?

—Más o menos.

—Entonces tendrá que matarlas a distancia. Si ve a la chica moverse dentro de la casa creará que es Muriel. Luego, bastará que la muchacha que la suplante se coloque en algún lugar donde sea fácil blanco desde fuera. Aquí se puede hacer una nueva sustitución y usar un maniquí.

Frank asintió.

—No se pierde nada con probarlo.

—Espera —pidió Jack. Se acercó a la parte trasera y echó un vistazo. Todo continuaba cerrado. Volvió de nuevo junto a la pareja y añadió—: Se puede hacer más aún.

—¿Por qué no te haces policía?

—No te burles, Frank. Ya que no fue posible ni salvar a Norah, ni a Mary, hemos de hacer lo posible porque os salvéis los dos.

—Venga. Suelta tu idea.

—Si todo se hace tal como digo, Muriel ya no tiene ninguna necesidad de correr el peligro. Puedes ir solo a tu apartamento y tu mujer al puesto de policía.

El plan de Jack podía tener sus defectos, pero en líneas generales no era descabellado.

Si Frank, aun pensando en algo parecido, había rechazado la idea, fue por otra razón.

Fue porque...

En el despacho de Corrigan, en el puesto de policía, Frank exponía a su amigo los contras de aquel plan.

—Estamos ante un hombre que se arriesga hasta el límite, y por otra parte parece conocer exactamente todos nuestros pasos. Sabía, por ejemplo, que iría yo a casa de los Gower la noche en que había decidido matar a Norah.

Corrigan asintió, agregando:

—Sí. Y también que habías mandado a Muriel y a Mary al *bungalow*.

—Por eso temo que también ahora, de un modo u otro, esté al corriente de nuestros planes y toda esa preparación sea inútil.

—En cierto modo, yo también opino lo mismo que tú. Más vale enfrentarse abiertamente con el peligro. Aunque naturalmente comprendo que quieras evitar todo riesgo a Muriel.

—Cara a cara sabría defenderla, Corrigan. Es más; deseo hacerlo. Acabar ya con ese maldito fantoche, pero lo malo es que sigue entre las sombras.

Corrigan quedó pensativo unos momentos. Luego, lentamente, comenzó:

—Me estoy preguntando que si el asesino es uno de los dos sospechosos, Kovac o Raynolds... ¿cómo podía estar al corriente de tus pasos?

—No es tan difícil. La noche de la cena en casa de los Gower no era un secreto. Ella misma pudo decirlo en la editorial y Kovac enterarse.

—Esto descartaría a Raynolds.

—Quizá no... ¿Quién te dice que los dos no están de acuerdo?

—En matar simplemente por capricho... En Kovac lo acepto debido a su particular forma de pensar, pero no en Raynolds. Siempre ha sido más materialista.

—Me estoy preguntando si tras de todo esto no hay dinero oculto en alguna parte, Corrigan.

—Yo también lo pensé. Norah tenía dinero y los derechos de sus libros, que ahora se venden como la espuma. Su muerte favorecía a Jack. Sospechar de él era absurdo. Llegasteis juntos a la casa y luego lo de la habitación cerrada, pero aparte de todo llega el segundo asesinato, de características parecidas, aunque los procedimientos fuesen distintos. La víctima es Mary, una muchacha

sin un centavo, excepto unas tierras que carecen de valor.

—Es verdad, pero... Me cuesta creer que...

—Espera... He dicho que las tierras de Mary carecen de valor. ¿De dónde lo he sacado?

—Yo te lo conté.

—Supongamos que, sin saberlo, esos terrenos valen ahora una fortuna... ¿Quién se beneficiaría?

Frank se encogió de hombros.

—No sé. Mary no tenía familia.

En aquellos momentos llamaron a la puerta. Era el sargento.

—La teniente Jane Rodman acaba de llegar —anunció.

—Que pase —ordenó Corrigan.

Frank se volvió hacia Jack y Muriel, que habían permanecido en silencio durante el diálogo de los dos policías.

—Hay que averiguar lo de esas tierras —repitió Corrigan—, y saber cuál es su beneficiario.

Muriel dejó oír su voz:

—Los beneficiarios seríamos nosotros —dijo—. Mary hizo un pequeño testamento. Estaba tan agradecida que anotó su voluntad en un papel. Yo dejó que lo hiciera porque nunca pasó por mi imaginación que pudiese morir tan joven. Pensé que si llegaba a casarse, todo cambiaría. Por otra parte, aquellas tierras realmente carecen de valor.

—De todos modos, lo averiguaré —insistió Corrigan.

—Bueno... Suponiendo que ahora valiesen una fortuna —terció ella—, cosa completamente imposible, ¿qué se demostraría?

—Pues habría que considerar esos asesinatos bajo un punto de vista distinto...

—¡Corrigan! No tratarás de decir que Frank o yo hemos...

El policía sonrió. Iba a decir algo, pero la entrada de la teniente de servicios especiales, de la brigada de homicidios, Jane Rodman, lo impidió.

Muriel y Frank cambiaron una mirada, como si ambos estuvieran pensando en lo mismo.

En las tierras de la infortunada Mary.

CAPÍTULO XV

—¿Le has explicado de qué se trata? —preguntó Corrigan a Jane Rodman.

—Sí, inspector.

—¿Y está decidida?

—Naturalmente.

—Sabe perfectamente que cuando se trata de servir de cebo existe el derecho de renuncia.

Jane Rodman sonrió.

—Me ofrecí voluntaria, inspector.

—Está bien. Le acompañarán dos coches. Hay que dar la sensación de que usted es realmente Muriel Bannion...

—Lo comprendo. Ahora sólo falta que su asesino «trague el anzuelo».

—Así lo esperamos todos —replicó Corrigan.

Jane Rodman se alejó hacia la puerta. Su misión acababa de empezar.

Viéndola a cierta distancia, su silueta se confundía perfectamente con la de Muriel. También el color de su cabello, y hasta su modo de andar.

Antes de llegar al umbral, Muriel se acercó.

—Teniente Rodman —empezó.

Su sustituía se volvió.

—Señorita —rectificó Muriel—, creo que debo agradecerle...

—Oh, no... Éste es mi trabajo.

—Pero se arriesga usted por mí.

—Su marido y todos los hombres del Cuerpo también se arriesgan por los demás. Es la profesión.

Y dio la vuelta, manifestando una absoluta serenidad.

Jack se despidió también:

—Voy con ellos.

Todo tenía que seguir igual que antes. Para el ase sino, Muriel seguiría en la villa de Jack junto con éste y, por supuesto, rodeados de policía. Lo contrario sería prevenir al hombre al que se pretendía cazar.

Frank consultó el reloj.

—Las nueve. Creo que es hora de que vaya a mi apartamento.

Muriel se acercó a su esposo.

—Ten cuidado, cariño.

—No te preocupes. Ahora estafé mucho más tranquilo y menos preocupado, porque sé que tú estás fuera, al margen de todo.

Corrigan intervino:

—Vamos, Muriel.

—¿Dónde?

—Pues... a una celda. Nada más seguro que uno de nuestros calabozos. He ordenado que te pongan colchoneta limpia y ropa. Si necesitas algo, no tienes más que llamar.

—Bueno —replicó ella encogiéndose de hombros—, será la primera vez que voy a una cárcel.

Los tres sonrieron de buena gana.

Luego Corrigan añadió:

—Cuando queráis.

Instintivamente, Frank y Muriel se abrazaron. El aplastó sus labios contra los de su mujer.

Luego, siguió al policía que la acompañaría a la celda.

—Ahora nos toca a nosotros —dijo Corrigan.

Antes de irse tomó el teléfono y, al obtener la comunicación pedida, ordenó:

—Enseguida que sepan algo sobre lo de Fellow Springs que me lo comuniquen. Yo estaré en el apartamento de Bannion.

Momentos después, los dos hombres salían a la calle.

El coche fue seguido por otros dos con agentes, uniformados.

Frank comentó sonriendo:

—Nunca me había sentido tan protegido.

—No te hagas ilusiones. Todo esto no es para ti, sino para tu presunto asesino.

—Eso me hace sentir menos insignificante.

Corrigan sonrió.

—Todos sabemos que jamás has necesitado ayuda, Frank.

—Gracias por reconocerlo.

—Ya sé que preferirías arreglártelas solo como en los buenos tiempos.

—Los buenos tiempos —repitió Frank pensativo.

Apenas habían doblado la primera esquina, después de salir del puesto policial, cuando del callejón inmediato surgió una sombra. Se acercó lentamente al farol que iluminaba aquel sector y en el rostro del hombre se dibujó una sonrisa.

Era Henry Kovac.

Sin prisas se dirigía hacia la comisaría de policía.

La teniente Jane Rodman cruzó el umbral de la villa escoltada por los agentes uniformados que inmediatamente después procedían a rodear la casa.

Jack y otros dos agentes entraron con la muchacha.

El sargento comentó:

—Póngase de espaldas al sofá. Saldré para ver el efecto desde fuera.

La muchacha obedeció, mientras el sargento salía al exterior.

Poco después entraba de nuevo.

—Sí. Creo que está bien. Pero procure estar siempre de espaldas.

—¿Cuánto tiempo calcula, sargento? —preguntó Jack.

—Eso pregúnteselo al asesino. De todos modos, si dentro de media hora todo sigue igual, será mejor que se acueste.

—¿Dónde está el maniquí? —inquirió el dueño de la casa.

Jane replicó señalando un maletín que había llevado consigo:

—Ahí.

—¿Tan pequeño?

—Es de goma, se hincha por piezas. Así abulta menos.

—Ingenioso.

El sargento intervino:

—Bueno, Gower. Esta vez va a obtener un reportaje en exclusiva...

—Sí. Pero habría preferido perderlo.

El policía hizo un gesto expresivo como el que reconoce haber metido la «pata». Porque el reportaje exclusivo tenía como principio la muerte de su propia esposa.

En el exterior los policías se habían situado de modo que podían

ver claramente la casa, mientras ellos quedaban protegidos por las sombras.

Lógicamente el asesino, si rondaba por allí debía de haberlos visto y el sistema que usaría para burlar aquella vigilancia era la obsesión de todos.

En el fondo todos habían llegado a convencerse de que quien quiera que fuese el extraño criminal cumpliría su palabra. Bueno. Al menos lo intentaría...

Quizá lo estaba intentando ya...

Quizá, pero no allí, sino en el puesto de policía.

Kovac entró sin vacilar en el departamento.

—Quiero hacer una confesión —dijo al agente que estaba en la puerta. Mi nombre es Henry Kovac— se presentó cuando estuvo ante el sargento de guardia.

El policía agrandó los ojos.

¡Henry Kovac!

—Quizá les sorprenda mi visita, pero es absolutamente necesario que esta noche permanezca aquí.

—Sí. Tal vez. Aguarde.

El sargento marcó el número del apartamento de Bannion, pero no obtuvo respuesta. Todavía no habían llegado.

En la villa de Gower, el sargento consultó su reloj.

—Ha transcurrido ya la media hora. Voy a echar un vistazo. Usted, Gower indique la habitación de la teniente.

—Sí, enseguida.

Se acercó a la joven y añadió:

—Por aquí, por favor.

Jane Rodman recogió su maletín y siguió a Jack.

—Deme. Yo se lo llevaré —se ofreció el galante.

—No. No pesa. Gracias.

Subieron la escalera y una vez en el piso, Jack se dirigió a la habitación que el matrimonio tenía para los huéspedes.

—Aquí es. Necesita algo.

—Nada de momento. Gracias. Cierre por dentro con el pestillo y no se olvide de la ventana.

—¿No es así como murió su esposa?

—¿Cómo?

—Con la puerta y la ventana cerradas.

Jack asintió.

—Me gustaría saber cómo hace el asesino para entrar y salir.

—Ojalá no tenga que saberlo, señorita...

La voz del sargento sonó desde la planta baja:

—Todo en orden.

—Buenas noches —deseó Jack.

—Buenas noches —replicó la muchacha.

Momentos después se oyó girar el pestillo.

La puerta había quedado cerrada por dentro.

Jack bajó a la planta baja donde habían quedado el sargento y otro agente.

Se fue al bar y sirvió tres *whiskys*.

El sargento negó.

—Servicio.

—No creo que con un dedo se emborrachen, pero si no quieren...

Jack añadió un poco más y bebió el contenido de un trago.

—Estoy un poco nervioso. Voy a salir a ver el efecto del maniquí en los cristales.

Salió fuera y se alejó unos metros mirando hacia la habitación iluminada del piso alto. La que ocupaba Jane Rodman.

Junto a la ventana se silueta perfectamente el maniquí. Un maniquí que para quien no supiera el truco parecía una persona de carne y hueso.

Entró de nuevo frotándose las manos.

—Empieza a soplar el aire.

—Vaya a acostarse —aconsejó el sargento.

—No tengo sueño. Me quedaré con ustedes... Ahora no podría dormir.

—Esté tranquilo, Gower. Todo está cerrado, por aquí no pasará nadie. Yo no creo en hombres invisibles.

Jack se sentó y tomó otro *whisky*.

—Hay algo que puedan beber estando de servicio —preguntó.

—En realidad no habría nada malo en que echáramos un traguito de su botella, Gower. Medio dedito únicamente —sonrió el sargento.

El otro agente se adhirió al convite.

Después de beber se sentaron nuevamente en sitios distintos y de nuevo continuó la espera.

Una espera que nadie sabía hasta cuándo podía durar.

Corrigan había sido ya informado de la presencia de Henry Kovac en el puesto de policía.

Acababa de llegar al apartamento acompañando a Frank y enseguida se dispuso a regresar.

—Voy contigo —dijo Frank.

—No, Frank. Tú quédate aquí.

—¿Es qué no lo comprendes? Kovac está allí. Si él es el hombre que buscamos, Muriel puede estar en peligro.

—Allí no se atreverá, Frank.

—¿Pues entonces a qué ha ido?

—Es lo que voy a averiguar.

—Y yo contigo.

—Por favor, Frank, sigamos todo según lo planeado.

—Está bien, pero enseguida que sepas algo llámame y que encierren a ese tipo lejos de Muriel.

—Supongo que no podremos encerrarle. Hasta el momento nada se ha probado —replicó Corrigan.

Apenas diez minutos más tarde estaba ya en su despacho y ante él, con su pose habitual, Henry Kovac.

—No se sorprenda, inspector, pero sé que esta noche se prepara algo y sólo hay un modo para que no vuelvan a calificarme de sospechoso. Y es quedarme aquí con ustedes hasta que su asesino se haya despachado a gusto.

—Si deseaba ser observado por la policía para tener una buena coartada, señor Kovac, ¿por qué esquivó a los hombres que le vigilaban? —preguntó Corrigan.

—Cuestión de principios. No me gusta que nadie me siga.

—¿Sólo por esto, señor Kovac?

—Deseaba hacer algunas averiguaciones. Y así he llegado a la conclusión de que esta noche ha de ocurrir algo, o al menos así me lo ha parecido. Los Bannion escoltados, esos despliegues de agentes... Bueno, usted ya sabe.

—Señor Kovac, ¿por qué no es un poco más sincero? —pidió Corrigan.

—No le comprendo.

—¿Por qué ha venido aquí? La pregunta es bien simple.

—Se la he contestado, inspector. Quiero estar delante de ustedes cuando el asesino esté en acción de esta manera no habrá dudas. Enciérreme en una celda si quiere, o déjeme quedar con usted.

Corrigan tenía el convencimiento de que Kovac estaba tramando algo, pero no acertaba a comprender el porqué.

—Bien —concluyó el policía—. Si quiere pasar la noche aquí...

—Sólo hasta que termine todo.

—De acuerdo, firme una declaración.

—¿Qué declaración?

—Que ha venido por su propia voluntad y por las razones que alude. Le encerraré si es eso lo que desea.

Muriel en su celda llamó al policía que estaba más cerca.

—Por favor, tengo mucha sed.

—¿Quiere un vaso de agua?

—Sí. Si es tan amable.

—Enseguida, señora Bannion, enseguida.

Kovac acompañado de Corrigan entraba en el pasillo de los calabozos.

En su rostro había una extraña sonrisa.

CAPÍTULO XVI

Con Kovac encerrado las posibilidades parecían reducirse a una sola...

En el supuesto claro está que el asesino fuese Davy Raynolds.

En la villa de Gower entretanto reinaba la más absoluta tranquilidad.

Claro que ninguno de los agentes del exterior vio la silueta que se recortaba a unos cien metros.

La figura iba avanzando hacia la casa sin demasiada prisa.

Desde fuera la habitación de Jane Rodman seguía iluminada y el maniquí continuaba dando la sensación de que se trataba de una mujer que estuviese cerca de las cortinas.

En el dormitorio. Jane se había metido en la cama, pero no dormía. Con los ojos abiertos y los oídos atentos, permanecía en tensión.

Abajo, Jack estaba dando unas cabezaditas.

De pronto se desperezó y vio que el sargento también estaba medio dormido, igual que el agente.

—Sargento —llamó.

—¿Qué hay? —contestó el policía como si volviese de un largo letargo—. Brrr, tiene café. Me está entrando sueño.

—Por eso le he llamado.

—¿Qué hay de ese café?

—Voy a ver si queda.

Corrigan acababa de regresar al apartamento de los Bannion.

—¿Qué hay de Kovac? —preguntó asaltando materialmente a su compañero.

En cuanto éste le hubo explicado lo ocurrido, Frank sacudió la cabeza como si no acabara de comprender.

—Sí. Es extraño —admitió Corrigan—. Pero sea lo que fuere lo

que pretenda, encerrado no podrá llevarlo a cabo.

—Espera, Corrigan... Hay que pensar en todo. La «voz» no quiso decirme las armas que emplearía para cometer sus crímenes y agregó que si me lo decía no iba a creerle.

—¿Qué quiere decir?

—Pensemos, Corrigan. ¿Le habéis registrado?

—No... Pero está en una celda alejada de Muriel. No puede salir de allí.

—Aquí hay algo que no está claro. Algo que me gustaría averiguar por mí mismo.

Antes de que Corrigan pudiera contestar sonó el teléfono.

Era el sargento de guardia.

—Inspector. Noticias del *sheriff* de Fellow Springs.

—Diga, sargento.

—Sorprendente, inspector. Esos terrenos valen una fortuna.

—¿Qué está diciendo? —preguntó también con la sorpresa reflejada en el rostro el policía.

—Lo que oye...

—Le ha dicho los motivos...

—Pues sí. Al parecer la gente iba abandonando este lugar y vendían sus tierras por un puñado de centavos. Ahora un grupo financiero va a montar un complejo turístico. Uno de esos sitios sólo para millonarios, para descansar, y enseguida que se ha sabido la noticia todo el mundo quiere poseer terrenos allí para instalar lugares de diversión. Ha subido todo como la espuma.

La sonoridad del teléfono permitió a Frank escuchar todo lo que acababa de decir el sargento.

Cuando Corrigan colgó, murmuró.

—Esto empieza a tomar otro cariz. ¿No crees?

—Me pregunto, Corrigan quién se beneficiaría de este dinero y del que mi esposa posee sin ése, llovido del cielo, si el asesino llevara a término sus planes. Muerta Muriel y muerto yo no existen otros herederos.

—Esto es lo extraño, lo que no concuerda y hace volver a la idea de la venganza, pero ese dinero... ¿Simple coincidencia?

Entretanto en la villa de Gower...

La sombra que se deslizaba en dirección a la casa, se detuvo un

momento entre los setos.

De pronto un perro había empezado a ladrar.

Los policías del exterior surgieron con sus armas preparadas. La silueta que hasta entonces había permanecido casi invisible se vio de repente iluminada por un potente foco que surgía de uno de los coches.

—Alto —gritó una voz.

El hombre comenzó a correr por el descampado mientras una ráfaga de metralleta rebotaba cerca de sus pies.

El sargento y el agente salieron del interior de la casa.

De la cocina apareció Jack con la cafetera en la mano.

—¿Qué pasa? —preguntó pero enseguida se dio cuenta de que nadie podía responderle.

Fuera los agentes habían acorralado prácticamente al hombre que se entregaba sin resistencia.

Evidentemente no quería exponerse a morir acribillado a balazos.

Desde que empezó a ladrar el perro hasta atrapar al hombre que merodeaba la casa apenas habían transcurrido siete u ocho minutos.

Momentos después el sargento informaba:

—Coche número dos llamando a central. Hemos capturado al hombre. Comuníquenlo inmediatamente al inspector Corrigan.

El sargento de guardia preguntó:

—¿Puede saberse quién es?

—Claro, Joe. No es ninguna sorpresa. Se trata de Davy Raynolds.

—¡Davy Raynolds!

—Pasa la noticia, Joe. Esperamos instrucciones de Corrigan.

—Enseguida.

En el apartamento de los Bannion.

Corrigan recibió la noticia lanzando un suspiro.

—Bueno, Frank. Creo que esto ha terminado.

—¡Davy Raynolds! —exclamó Frank—. Bueno. No me importa confesar que me he equivocado.

—¿Pensabas que era Kovac?

—En Kovac concordaban más detalles.

—Bueno. Raynolds no es precisamente un angelito. Todo lo que nos dijo el juez Dolman no es para prestigiar a un individuo.

—Vámonos, Corrigan —concluyó Frank—. Tengo ganas de ver a

mi mujer. En realidad seguro que para ella no habrá constituido ninguna sorpresa. Fue la primera en sospechar de Raynolds.

Los dos policías salieron del apartamento después de que Corrigan comunicase con los hombres ordenándoles que podían retirarse.

—Pasó el peligro, señora Bannion —sonrió el policía que había estado cerca de la puerta.

Abrió la celda.

También el sargento abrió la de Kovac.

Éste sonriendo comentó.

—Preferiría quedarme.

—¿Por qué? —preguntó el sargento.

—Temo que éste no sea el verdadero final...

—Vamos, déjese de guasas y salga.

—Como quiera, sargento —replicó Kovac.

Por el pasillo se cruzó con Muriel.

—¿Qué tal, señora Bannion?

—Buenas noches —saludó ella simplemente.

—¿Me permite hablar con usted unos momentos?

—Desde luego.

—Aquí no. Fuera.

—Tengo que esperar a mi marido. Está en camino. —Sólo la retendré unos minutos.

—Está bien.

Kovac y Muriel salieron a la calle. Anduvieron en silencio hasta el callejón.

Kovac indicó su coche.

—Por favor.

—No. Dígame lo que tenga que decirme.

—Dentro, por favor.

Había un extraño brillo en los ojos de Kovac.

—Señor Kovac —empezó ella.

—Estoy tratando de salvarla a usted y de salvarme a mí mismo. Hágame caso.

Algo extraño impulsó a Muriel a hacer caso de aquel hombre correcto y enérgico a la vez.

Se sentó a su lado en el coche y él lo puso en marcha.

—¿Dónde vamos?

—Simplemente a dar una vuelta. Quiero estar con alguien cuando empiece el jaleo de verdad.

—Pero usted mismo ha oído...

—Una comedia, señora Bannion. Davy Raynolds no puede ser el asesino.

—¿Por qué está tan seguro?

—Me precio de conocer bien a las personas. Sobre todo a las que son como Raynolds. Y sé que es incapaz de matar una hormiga.

—Pero...

—Raynolds puede ser catalogado como un hombre sin moral y sin escrúpulos, pero no de asesino.

El interés de Muriel iba en aumento.

Kovac continuó:

—Davy Raynolds es capaz de hacer chantaje hasta a su propio padre, y una de sus fuentes de ingresos es hacer fotos a chicas medio desnudas sin que se den cuenta para venderlas luego.

—¿Qué hacía en la casa?

—Estoy seguro de que sabe quién es el verdadero asesino y estaba allí para cerciorarse y luego hacerle chantaje. ¿Va comprendiendo?

—Entonces. Si no es Raynolds... ¿Quién es?

Kovac sonrió de manera enigmática.

Muriel solo se le ocurrió pedir:

—Pare el coche. Párelo, Quiero bajar.

—Quieta, señora Bannion, quieta...

La noticia llegó a la comisaría en aquel mismo instante.

De nuevo era el sargento que había estado en la villa, quien llamó desde el coche:

—Joe. Avisa otra vez a Corrigan. Ha ocurrido algo espantoso.

—¿Qué pasa?

—La teniente Jane Rodman ha sido asesinada.

—¡Cielos!

—Todo ha ocurrido igual que las veces anteriores. La puerta estaba cerrada por dentro y la ventana también...

—Pero...

—Que venga el forense y la ambulancia y todo.

Corrigan casi pegó un salto cuando cinco minutos después escuchaba la noticia en el propio puesto de policía, Frank se

preocupó enseguida por su esposa.

Le informaron que había salido con Kovac.

Se precipitó hacia la puerta.

—Muriel, Muriel...

El, agente que estaba en la puerta informó:

—Creo que se ha marchado con un coche. El: de Henry Kovac.

—¡Con Kovac!

Corrigan salía tras de Frank.

Éste volviéndose exclamó:

—¿Te das cuenta? Kovac quería estar cerca de ella.

—Calma, Frank. Si el asesinato se ha cometido mientras Kovac estaba aquí, él no es el autor.

—Pero puede tener un cómplice. Todo puede haber sido un truco. Tal vez el propio Raynolds sea ése cómplice. Tengo que encontrar a Muriel.

—Daremos aviso a todas las patrullas. Aguarda aquí. Ahora no sabríamos qué dirección tomar. Yo entretanto iré a la villa.

La versión de los agentes que custodiaban la casa fue unánime.

Davy Raynolds no había podido acercarse. Aparte de estar todas las puertas cerradas, la casa quedaba estrechamente vigilada.

Davy que seguía retenido en la casa también proclamaba su inocencia.

—¿Diga de una vez qué estaba haciendo aquí?

—Paseaba.

—¿Suele pasear por donde se comete un asesinato?

—No es un delito pasear.

Le habían hecho depositar todos sus efectos personales en una mesa. No tenía ninguna pistola, pero sí una diminuta máquina de fotografiar con más de media película impresionada.

—Que revelen esas fotos —ordenó Corrigan y añadió—: Y llévenselo. Luego me ocuparé de él.

Cuando quedó a solas con el sargento y Jack. Corrigan murmuró:

—Si Kovac no es culpable y Raynolds tampoco, habrá que pensar en otra persona.

—¿Pero quién...? —inquirió Jack.

—Si supiera la respuesta el asesino ya estaría bajo siete llaves. ¡Maldita sea!

El coche número once informaba desde Golden Gate:

—Atención central. Visto «Cadillac» negro, matrícula anunciada. Acaba, de cruzar el puente.

—Síganlo sin la sirena. La señora Bannion va en el coche. Es preferible no correr riesgos.

Y enseguida la voz del locutor de la central pasó la orden al resto de los coches mientras en el gran plano se señalizaba la ruta.

—Coche siete y nueve converjan en las confluencias de las calles Norte y Pacífico.

—Coche tres y cinco...

El despliegue de fuerzas era total.

Frank junto a la estación receptora escuchaba impaciente la marcha de la persecución.

—El «Cadillac» sigue en línea recta. No se ha dado cuenta de que le seguimos —informaba uno de los coches patrullas.

Frank tomó el micro.

—Pueden ver si mi esposa va dentro. Soy Frank Bannion.

—No, señor Bannion. No es posible verlo desde donde estamos.

Frank ya no pudo aguantar más, salió a la calle y tomó el primer coche disponible de la brigada.

Pisó a fondo el acelerador mostrando su pericia como consumado conductor.

En su mente sólo existía un deseo: Salvar a Muriel.

El «Cadillac» había sido prácticamente acorralado.

Frank que había llegado al lugar donde había convergido todos los coches impidiendo el paso al «Cadillac», se abrió paso entre los curiosos y los agentes.

Se plantó delante de Henry Kovac que sonreía impertérrito.

—¿Han organizado todo este jaleo por mí?

Muriel no estaba.

—¿Dónde está mi esposa, Kovac? —gritó a dos dedos de sus narices.

—La señora Bannion es muy testaruda. Se empeñó en bajar. Yo no quería pero...

Frank sujetó por las solapas de la impecable chaqueta a Kovac.

—Estoy harto de su tono, Kovac. Sé que usted odia todo lo que representa la ley. No me importa si está loco o cuerdo, pero si no me dice dónde está mi esposa...

—Cálmese, señor Bannion. Le repito que no lo sé. Le doy mi palabra de honor.

—Por qué se la llevo.

—Para informarle de lo que ya deben saber que Raynolds no podía ser el asesino.

—¿Por qué no lo comunicó en el puesto de policía?

—Yo no ayudo a la policía, señor Bannion.

—Puedo detenerle por complicidad y obstrucción a la ley.

—No soy cómplice de nadie ni estropeo su labor que yo sepa. Lo único que pretendía era estar con alguien. No quiero aparecer como sospechoso.

—Está bien, Kovac. Ahora vendrá conmigo hasta que esto se aclare. Y esta vez como detenido de verdad.

El asesor no replicó.

El forense había terminado el examen habitual.

—Murió más o menos entre once y doce. Precizando al máximo, pongamos entre once y cuarto y once cuarenta y cinco.

—Bueno... ¿A qué hora se produjo el tiroteo? —preguntó Corrigan.

El sargento replicó:

—Once y veinticinco.

—¿Cuánto tiempo estuvieron tras de Raynolds?

—Unos siete minutos.

—Es el tiempo que necesitó el asesino...

—Pero cómo pudo entrar. Tuvimos que derribar la puerta, y la ventana estaba cerrada —exclamó el sargento.

Corrigan paseó nerviosamente mientras el forense completaba la rutina.

—Balazo a quemarropa que fue disparado con silenciador y expresión de sorpresa en el rostro de la pobre muchacha.

—Un momento —cortó Corrigan cayendo en la cuenta de algo que hasta entonces se le había escapado—. Si el disparo fue hecho a quemarropa su asesino tuvo que verle de cerca.

—Por supuesto.

—Entonces sabía que no era a Muriel a quien asesinaba...

—Cierto —replicó el sargento.

Y enseguida se hizo un silencio general.

¿Por qué si el asesino había anunciado la muerte de Muriel

Bannion había matado a otra que sabía positivamente que no era ella?

CAPÍTULO XVII

Frank conducía nuevamente en dirección al puesto de policía.

Aquella desaparición de Muriel mantenía sus nervios en tensión.

«Quizá él asesino se ha visto forzado a matar a Jane Rodman, pero no por ello ha renunciado a acabar con Muriel», se decía para sí...

¡Cielos! ¿Y dónde podía encontrarla?

Por otra parte aun suponiendo que Kovac y Raynolds fuesen cómplices, el asesinato de la joven policía había tenido que realizarlo un tercero.

¿Quién?

Sólo podía ser...

—¡Dios mío! —exclamó alzando la voz.

Sí... Sólo podía ser uno de ellos...

Respiró tranquilo cuando al entrar en el puesto vio a Muriel.

Instintivamente los dos se fundieron en un abrazo.

—Quédate aquí, Muriel —y volviéndose al sargento de guardia y a los agentes, añadió—: Y por Dios, no la dejen hasta que venga personalmente a buscarla.

—Frank... ¿Dónde vas? —preguntó ella.

—Hay que terminar esto, Muriel. Hay que terminarlo. Y creo que ya sé cómo...

Besó a su esposa y salió de nuevo.

Aquella vez descubriría al verdadero asesino.

—Cuidado, Frank —gritó Muriel cuando él se dirigía a la calle.

Poco después su coche arrancaba nuevamente rumbo a la villa.

Poco después Corrigan, en unión de Jack y del sargento escuchaban atentamente a Frank Bannion.

—El asesino —decía éste—. Todavía no ha cumplido su palabra, puesto que sólo cometió un asesinato, aunque fuera por

equivocación. Ahora tiene que matarme a mí.

—Pero... —arguyó Corrigan.

—Está decidido, amigo. Sólo hay una forma de descubrir la verdad. Me encerraré en el cuarto. Igual que mis antecesores... Así sabré cómo le es posible «filtrarse por las paredes».

—Estaremos vigilando en la puerta.

—No. Todos abajo. No quiero a nadie arriba. Absolutamente a nadie...

Vaciló unos instantes y extrajo su revólver de la funda sobaquera que se había colocado al empezar aquella misión.

Llevaba otro en el bolsillo de la chaqueta y lo dejó también sobre la mesa.

—Bueno... Antes de encerrarme en la celda de la muerte propongo un brindis. Prepara algo de beber, Jack. Un buen *whisky*.

El aludido se levantó indeciso.

—Esto que vas a hacer es muy peligroso, Frank... Ya han sido demasiadas muertes.

—Estoy retando al asesino...

—¿Pero aquí? —preguntó el sargento—. ¿Cómo espera que le diga?

—Hasta ahora ha demostrado tener ojos y oídos en todas partes... Veremos si sigue igual.

Jack sirvió el *whisky*.

—Te descubriré, seas quién seas —dijo Frank levantando la copa.

Terminaron de beber cuando sonó el teléfono.

Era el sargento de guardia.

—Inspector Corrigan... Muriel se ha ido.

Frank se volvió.

—Pero... ¿Por qué la han dejado?

Corrigan transmitió la misma pregunta.

El sargento de guardia contestó:

—Dijo que su marido iba a correr un gran peligro y quería estar a su lado.

—Cuiden de ella cuando llegue aquí. Usted, sargento, olvídense de que existo, salga fuera y espere a Muriel. —Sí, señor.

Frank subió lentamente la escalera.

Corrigan pensó algo que calló.

—Ella es la beneficiaria de esas tierras de Meadow Springs...

Poco después Frank cruzaba el umbral de la puerta del que había sido estudio de Norah Gower.

Cerró lentamente y puso el pestillo.

Hizo lo mismo con la ventana.

Examinó ambos pestillos. Los dos circulares. Había que dar dos vueltas para cerrarlos.

Tampoco era posible utilizar un imán para obligarles a girar desde fuera.

Sin embargo el asesino debía de entrar por alguna parte...

Había transcurrido media hora. Jack preparó un café bien cargado para mantener bien despejados al sargento y a Corrigan. Tomó él también una ración.

Luego, el sargento volvió al exterior para esperar a Muriel de acuerdo con las instrucciones de Frank. Corrigan quedó con Jack.

El resto de los agentes por orden expresa de Frank había regresado bastante antes al puesto de policía.

En la habitación Frank Bannion estaba solo, completamente solo ante lo desconocido.

Otra media hora.

Después de haber estado repasando apuntes y notas de Norah, Frank aguzó el oído.

No. No se había equivocado.

Las pisadas sonaban cada vez más cerca de la habitación.

Alguien se acercaba.

Contuvo la respiración y se colocó pegado junto a la puerta.

Los pasos se detuvieron un momento.

«Tap-tap-tap», seguían pisando amortiguados sus golpes por la alfombra que cubría el *parquet* de madera.

«Pronto estará aquí», se dijo.

Y los sintió de nuevo. Cerca, más cerca.

Volvieron a detenerse.

Quien quiera que fuese caminaba con cautela...

—¿Cómo va a entrar? —se preguntó Frank, inmóvil y con la mirada fija en el pestillo.

«Tap-tap-tap»...

Ya estaba allí. Delante de la puerta.

Pasó un segundo, dos, tres... Medio minuto tal vez, imposible de calcular el tiempo.

Luego ocurrió algo que Frank no hubiese imaginado. Todo pareció volver a la normalidad cuando del otro lado alguien llamó a la puerta con los nudillos.

Y enseguida sonó la voz de Jack.

—Frank. ¿Estás bien? —preguntó.

—Sí Perfectamente.

—Bueno, bueno. Me alegro... Es que estamos rodos un poco nerviosos.

—¿Ha llegado Muriel? —preguntó Frank.

—Creo que sí. Pero está con el sargento como tú dijiste.

—Está bien...

—¿Necesitas algo?

—Nada, gracias.

Jack, pareció vacilar unos instantes antes de añadir:

—Frank, abre, por favor. Tengo algo que decirte.

—Dímelo a través de la puerta.

—No puedo, tengo miedo.

—¿Miedo? ¿De qué?

—Es una sospecha, Frank. Una terrible sospecha. Algo que presentía hace tiempo y creo que hoy he encontrado el cabo suelto.

—Está bien, Jack, voy a abrir.

Frank dio la vuelta al pestillo y le franqueó la puerta.

Jack, entró con aspecto asustado. Frank volvió a cerrar.

—Pon el pestillo. No quiero que nadie nos sorprenda.

Frank obedeció. Volvióse de espaldas y cerró.

Cuando giró de nuevo se encontró con el revólver de Jack que le encañonaba.

—Tú eres la última baza.

Frank sonrió observando el silenciador.

—Aun así pueden oírte, Jack —comentó sin demostrar la menor sorpresa.

—Antes de que derriben la puerta yo habré salido por la ventana.

—¿Crees que Corrigan o el sargento son idiotas? Se darán cuenta.

—Es que no me han visto subir.

—Vale la pena morir si puedo por lo menos saber cómo lo haces.

—¿Tan difícil lo encuentras?

—No, Jack. Nada. Pero lo he sabido ahora. Precisamente al quedarme solo. ¡Qué estúpido fui al no darme cuenta desde el primer momento! Pero claro, yo confiaba en ti y éste fue mi error.

—¿De veras lo sabes?

—Sí, Jack. La entrada acabas de hacerla ahora mismo. La propia víctima te abre la puerta y después cierra.

—¿Y la ventana?

—La dejas abierta. Como las hojas ajustan perfectamente no se sabe si está abierta o cerrada a menos que se tire de ella. Tú solo tienes que deslizarte por ella y dejarla sin cerrar, claro —carraspeó ligeramente y prosiguió—, luego en el momento de reventar la puerta siempre estás tú presente, y mientras los demás testigos se ocupan del cadáver, tú te acercas a la ventana y utilizando un pañuelo para no dejar huellas solo tienes que dar la vuelta al pestillo para cerrarla. Es un gesto en el que nadie repara, una fracción de segundo, tu propio cuerpo obstaculiza la visión y así se consume el mito de los crímenes perfectos.

Jack sonrió.

—Generalmente no doy tanto plazo a mis víctimas pero tú eres la última y vale la pena complacerte.

—Espera, Jack... ¿por qué todo esto?

—Por tres razones. Odio a los tipos como tú que con muchos menos méritos llegan a lo más alto mientras yo tengo que consumirme en la sección de sucesos. Necesitaba hacerte fracasar. Mostrarme a mí mismo que soy superior a todos. ¿Dónde está ahora el famoso policía? —rió cínicamente—. Morirá tan misteriosamente como los demás sin poder concluir su caso. Sí, Frank, soy superior a ti, y a mi esposa, la intelectual. Sólo me casé con ella por su dinero pero me hastiaba. Luego Mary... Sí, anduve tras ella, no era más que una pobre imbécil. Por fin sabía que estas tierras habían subido de valor, que tu mujer era una de las beneficiarias...

—Entonces...

—Fácil, Frank. No es a Muriel a quien deseaba matar, por eso te di la idea de sustituirla y maté a Jane Rodman simplemente para cumplir el programa. ¡Pse! Simple confusión del asesino y por fin te toca a ti. Luego con el dinero de Norah y el de Muriel...

—¿Esperas que Murie...?

—Por qué no. Nos consolaremos mutuamente. Sé que a la larga será mi esposa.

Todavía quiero hacerte otra pregunta.

—El tiempo se acaba, Frank.

—¿Cómo pensabas matar a Jane Rodman con la casa vigilada?

—Habría fingido una llamada de Corrigan. Sé imitar perfectamente su voz, y hubiese ordenado la retirada de los policías que guardaban la casa. Me habría entretenido un momento con ellos mientras que de un pequeño magnetófono, el mismo que utilicé la primera noche, y que está oculto en el corredor, hubiera sonado un disparo. Funciona simplemente combinado con el conmutador de la luz. Tarda tres minutos exactamente. Claro que al sonar el tiro Norah ya estaba muerta y Jane lo habría estado también. Lo mismo que lo estarás tú. Pero todo resultó más fácil porque al aparecer el infeliz de Reynolds me ayudó sin proponérselo, distrayendo la atención de los que estaban en la casa. Ello me permitió subir tranquilamente, llamar a la puerta como he hecho contigo y... en fin ya conoces el final.

—¿Por qué te espiaba Reynolds?

—Para hacerme chantaje. Sé que me vio en tu *bungalow*. No estaba demasiado seguro, pero sospechaba.

—Ahora está detenido. Si habla...

—Será el más interesado en callar para que no le acusen de encubridor. Yo seré el primero en advertírselo... *persuasivamente*.

—¿Algo sobre Kovac?

—Un maniático. Creo que odia a todo el mundo. Acabará en un manicomio.

—Tú no estás más cuerdo —adujo Frank.

—Lo siento. Se acabó el tiempo. —Y Jack amartilló el arma.

—Queda algo... Las llamadas telefónicas.

—Eso es muy fácil, polizón. Cualquier teléfono público, el más próximo al lugar donde yo debía aparecer.

Su dedo índice se cerró sobre el gatillo.

—Adiós, Frank —dijo simplemente.

Entonces el exinspector abrió su chaqueta mostrando un jersey de cuello alto.

—Pierdes el tiempo. Éste es el último modelo que existe a

prueba de balas.

Jack pudo haber apuntado a la cabeza, pero vaciló un instante. Fue suficiente para que Frank, dada la proximidad, de un certero golpe le desarmara, mientras simultáneamente le aplicaba un directo en el mentón que le hacía rebotar contra la pared.

El asesino quedó aturdido unos instantes.

Frank tomó el magnetófono que había estado funcionando desde que Jack entró en la habitación.

—Ahí está tu confesión completa, Jack Gower. Has perdido.

Para Frank, aquél había sido definitivamente el último caso. Muriel sonreía feliz junto a su marido, mientras el «*Jet*» les conducía a las Bahamas.

Ambos se habían ganado unas buenas vacaciones.

Y en espera del juicio, además de Jack, se encontraba Davy Raynolds como encubridor.

No había pruebas contra Kovac. Bueno, tarde o temprano posiblemente acabaría en el manicomio.

Nada importaba ya.

Ni Frank ni Muriel deseaban recordar aquellos días amargos, aquellas horas de angustia.

—Ahora no tendré que marcharme cada vez que esté delante de tus piernas —sonrió él.

—Seré yo la que no te deje —replicó ella en un susurro.

Luego, se besaron y más de un pasajero pensó que eran una pareja de recién casados.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 9 PTAS.

Impreso en España

